

punto
de partida

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

ILUSTRACIÓN DE ESTE NÚMERO

Gerardo López Granados (Ciudad de México, 1995). Es estudiante de la licenciatura en Artes Plásticas en el Centro de Arte Mexicano y alumno de T.A.C.O. Su trabajo ha sido expuesto de manera individual (*Primero te mato después me suicido*, Casa de Cultura Azcapotzalco, 2014) y colectiva (*Introspección melancólica de geometrías y poemas*, Art Departament, 2015; *Procesos jóvenes*, Casa Frissac, 2015; *III Bienal de Pintura José Atanasio Monroy*, 2016; *Bienal UNAM de Artes Visuales*, FAD, 2016; *Babel*, Proyecto Casa en Demolición, 2016; *Los trapitos sucios se lavan en casa*, Galería Autónoma GAMA, 2016; *Primer Salón Abierto de Arte Chiquito*, La Quiñonera, 2017). Parte de su producción artística fue publicada en el número 201 de *Punto de partida*.



PORTADA: De la serie *El fantasma*, Antonio Lozano Cuevas, impresión digital, 14 × 21.5 cm, 2016



CONTRAPORTADA: De la serie *Pueblos indígenas chiapanecos...*, Alberto Andrés, impresión digital, 14 × 21.5 cm, 2014-2016

EDITORIAL	7
DEL ÁRBOL GENEALÓGICO	
Zapatos de migrantes / Lourdes Almeida	8
CONCURSO 48 DE PUNTO DE PARTIDA	
SEGUNDA ENTREGA	15
Transposición (Cuento breve) / Mauricio Nakash Stern	16
Teoría de la Ley Penal y del Delito (Cuento breve) / Flavio Gallardo Aceves	18
El fantasma (Fotografía) / Antonio Lozano Cuevas	20
<i>Malgré Tout</i> (Crónica) / Marco Antonio Toriz Sosa	28
El Escudo Yucatán o la Policía de la Decencia Blanca (Crónica) / Jesús Mihail Koyoc Kú	37
Pueblos indígenas chiapanecos, nueve imágenes que hablan de una porción de un mundo tan complejo (Fotografía) / Alberto Andrés	46
El niño del costal (Cuento de un mundo imaginario que podría ser el nuestro), de Gilles Aufray (Traducción) / Nadxeli Yrizar Carrillo y Humberto Pérez Mortera	56
7° CONCURSO DE CRÍTICA CINEMATOGRAFICA ALFONSO REYES “FÓSFORO”	
<i>Kékszákállú</i> . Del dinamismo y el placer visual / José Eduardo Zepeda Vargas	64
Todas las vigiliass del mundo / Rafael Guilhem	68
EL RESEÑARIO	
Sobre <i>La supremacía Tolstoi y otros ensayos al tuntún</i> / Luis Paniagua	73
Montaña abajo: la conciencia del interminable andar / Sara Regalado	77

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

Enrique Graue Wiechers
Rector

Jorge Volpi Escalante
Coordinador de Difusión Cultural

Rosa Beltrán
Directora de Literatura



LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

Número 205, septiembre-octubre 2017
Fundada en 1966

Edición: Carmina Estrada
Redacción: Luis Paniagua
Asistencia secretarial: Lucina Huerta

Diseño original: Rafael Olvera
Diseño de este número: Marfa Luisa Passarge
Ilustración de portada: Antonio Lozano Cuevas
Ilustración de contraportada: Alberto Andrés
Ilustración de este número: Gerardo López Granados
Impresión en offset: Offset Rebosán S.A. de C.V.
Av. Acueducto 115, Col. Huipulco Tlalpan
Ciudad de México, 14370

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

Punto de partida es una publicación bimestral editada por la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México. Insurgentes Sur 3000, Ciudad Universitaria, 04510 ISSN: 0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524. Reserva de derechos: 04-2002-03214425200-102.

Dirigir correspondencia y colaboraciones a *Punto de partida*, Dirección de Literatura, Zona Administrativa Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad Universitaria, Coyoacán, México, D.F., 04510.
Tel.: 56 22 62 01
Fax: 56 22 62 43
correo electrónico: puntoenlinea@gmail.com
www.puntodepartida.unam.mx
www.puntoenlinea.unam.mx

Tiraje: 1000 ejemplares en papel cultural de 90 gramos,
forros en cartulina Loop Antique Vellum de 216 gramos.

La presente edición está dedicada a la segunda entrega de trabajos ganadores en el Concurso 48 de *Punto de partida* y abre, en Del Árbol Genealógico, con cinco imágenes de la serie *Zapatos de migrantes*, de Lourdes Almeida —recientemente galardonada con la Medalla al Mérito Fotográfico que otorga el INAH—. Para este proyecto, Almeida ha fotografiado durante los últimos años zapatos recolectados en el desierto, objetos abandonados voluntaria o involuntariamente por sus dueños en algún punto del paso fronterizo por el que transitan cada año miles de mujeres, hombres y niños que abandonan sus precarias condiciones de vida para ir tras el sueño americano.

En sintonía con este inicio, y en contraste con el material publicado de concursos recientes —en que la producción literaria y gráfica se enfocaba más hacia la introspección—, sorprende esta vez que una parte importante de los ganadores se ocupa, con enfoques y tratamientos disímboles, de temas como la violencia, la crisis de derechos humanos y el desamparo en que les ha tocado crecer a las recientes generaciones de mexicanos.

En fotografía, el trabajo acreedor del primer lugar es “El fantasma”, de Antonio Lozano Cuevas, una serie de enfoque conceptual que remite en su solución visual a la pérdida de identidad y al anonimato que envuelve a muchas víctimas de actos violentos. El segundo lugar corresponde a “Pueblos indígenas chiapanecos...”, reportaje de Alberto Andrés sobre las comunidades de un estado que, sabemos, ha librado por años una lucha de reivindicación.

Mauricio Nakash, ganador del primer premio de Cuento Breve, cuenta en “Transposición” la dilución paulatina de la identidad del narrador, quien corporeiza distintas voces y acaba fundiéndose con ellas. El segundo lugar lo obtuvo Flavio Gallardo por “Teoría de la Ley Penal y del Delito”, relato en el que el personaje analiza la concatenación de hechos durante un asalto en el transporte público para concluir que, más allá de toda voluntad de raciocinio, lo que impera es la impotencia, esa que vivimos día a día ante la impunidad reinante.

En tiempos de crisis, la crónica es un género necesario por su posibilidad de denuncia. “Malgré Tout”, de Marco Antonio Toriz, cuenta la historia de un personaje llamativo por poco común: un antihéroe que libra una batalla contra la industria editorial y que, según el cronista, al paso de los años y *a pesar de todo*, “se ha hecho un sitio en la literatura *underground*” de la Ciudad de México. El segundo lugar corresponde a “El Escudo Yucatán o la Policía de la Decencia Blanca”, un trabajo de corte periodístico en el que su autor, Jesús Koyoc Kú, da cuenta de varios actos de represión policiaca en ese estado del sureste. Es un texto con una estructura arriesgada en la que las voces de los implicados y la del narrador se imbrican y así contribuyen a transmitir la intensidad del horror que describen.

Esta entrega termina con el trabajo ganador en la categoría Traducción Literaria: una versión al alimón de Nadxeli Yrizar y Humberto Pérez Mortera. Se trata de “El niño del costal”, breve obra teatral para niños escrita en verso por el dramaturgo francés Gilles Aufray, autor poco conocido en español. Al cerrar este *dossier*, abrimos el correspondiente a los ganadores del 7° Concurso de Crítica Cinematográfica Alfonso Reyes “Fósforo”, convocado en el marco del Festival Internacional de Cine UNAM, seguido por dos recomendaciones literarias a cargo de Luis Paniagua y Sara Regalado.

El número presenta también un portafolio de obra gráfica de un artista muy joven: Gerardo López Granados, quien llegó a estas páginas por recomendación de T.A.C.O., espacio de reflexión y difusión de la producción artística contemporánea.

A manera de cierre, invitamos a nuestros lectores a estar pendientes de la próxima convocatoria del Concurso de *Punto de partida*, un proyecto emblemático de la UNAM que ha sido semillero de voces en el ámbito literario mexicano desde hace cinco décadas. ❶

Carmina Estrada

Zapatos de migrantes

Lourdes Almeida



Todas las imágenes: impresión digital, 16 × 20 pulgadas, 2017

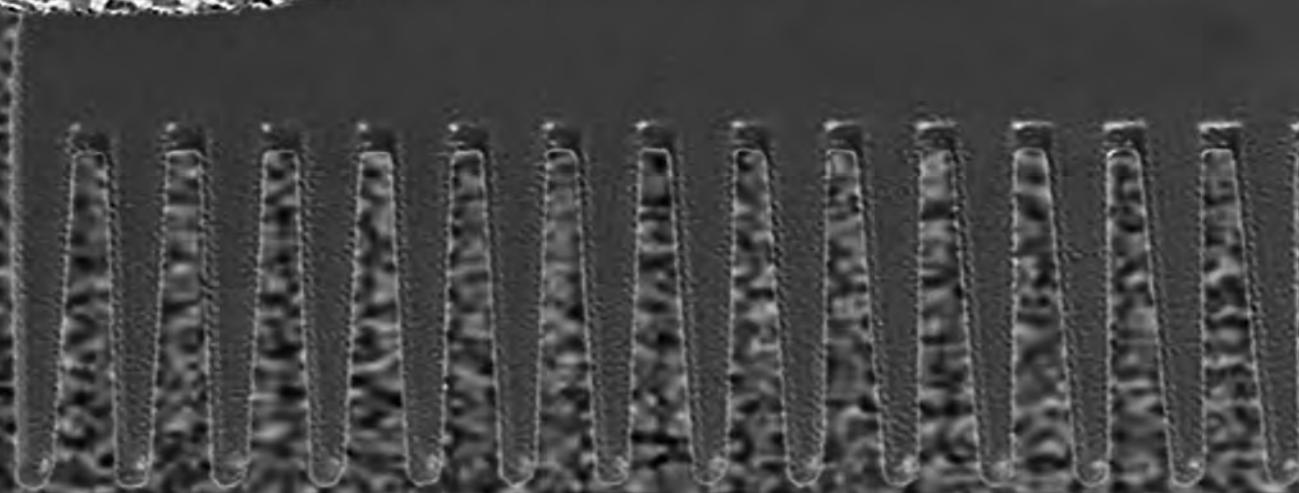
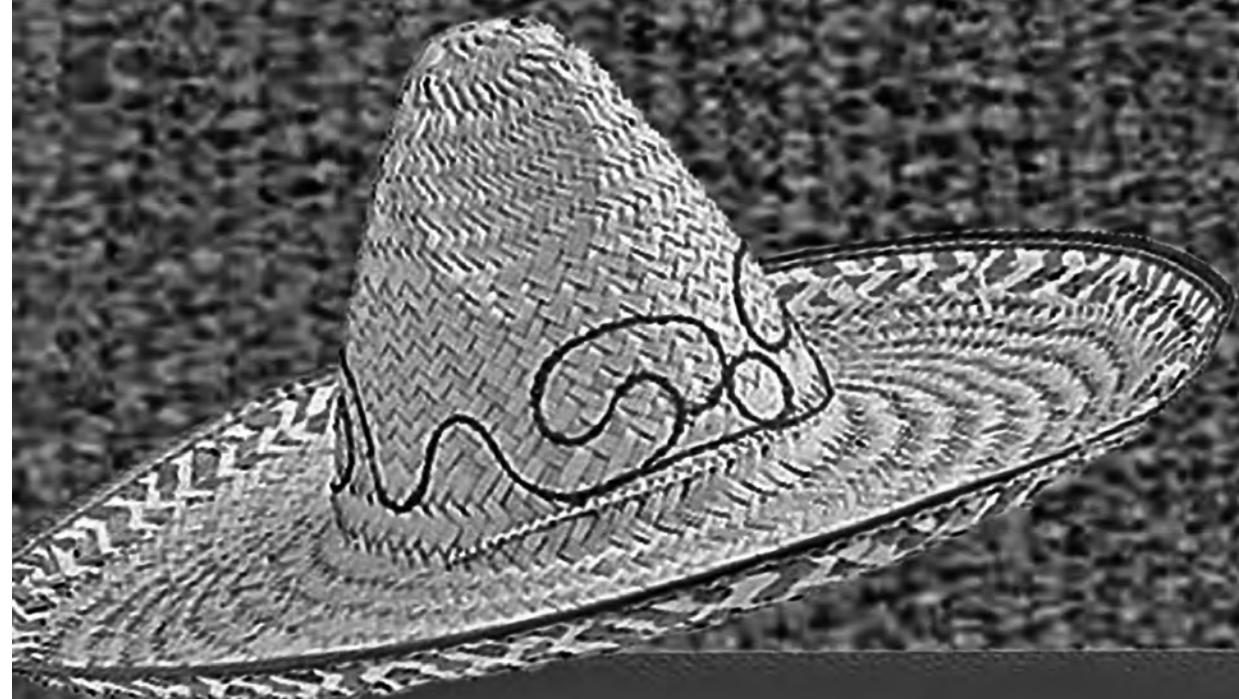
Estas imágenes forman parte del proyecto *Zapatos de migrantes*, de Lourdes Almeida, quien durante varios años ha fotografiado zapatos recolectados en el paso de la frontera México-Estados Unidos con la idea de proyectar, mediante metáforas fotográficas, el drama vivido por migrantes mexicanos que intentan alcanzar el “sueño americano”. Las fotos publicadas aquí son de zapatos encontrados en el desierto de Altar, Arizona, cerca del límite con el estado de Sonora. Zapatos que, a decir de la fotógrafa, “deberían proteger los pies de sus dueños. Objetos que, en sí, contienen grandes historias”.



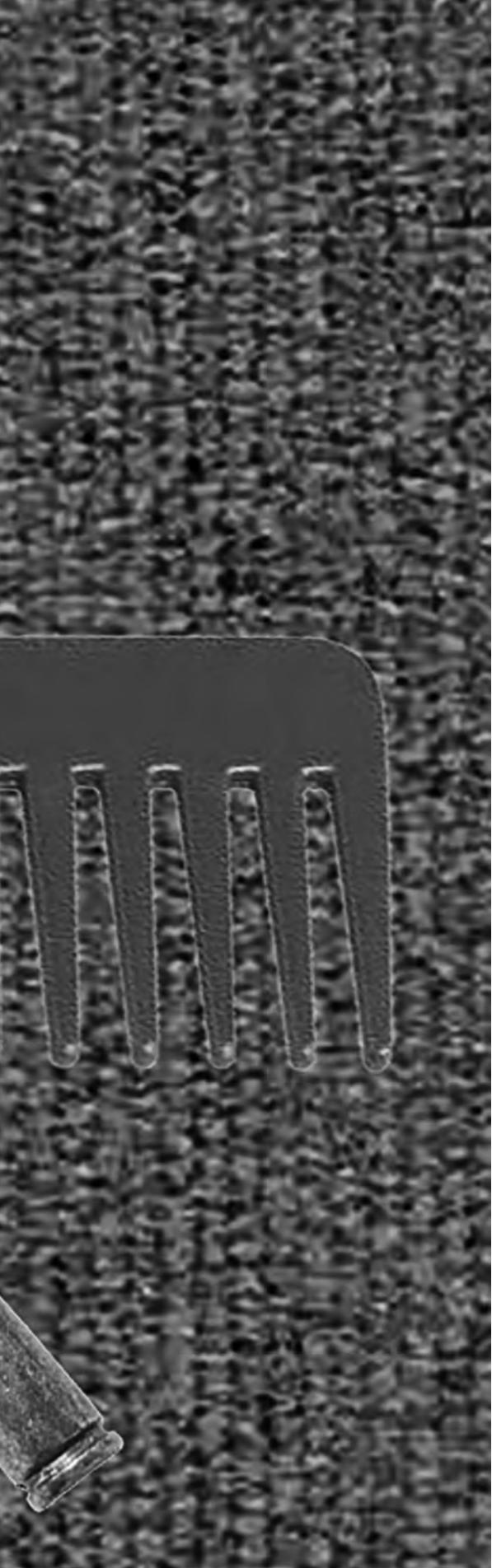


Lourdes Almeida (Ciudad de México, 1952). Realizó estudios de fotografía en Florencia, Italia, y fue alumna de Manuel Álvarez Bravo en el CUEC-UNAM. Desde 1978 hasta la fecha ha tenido más de un centenar de exposiciones individuales en importantes museos y galerías de México, Latinoamérica, Estados Unidos, Europa y Asia; y ha participado en más de trescientas colectivas. Su trabajo forma parte de diferentes colecciones públicas y privadas, entre ellas: Museum of Fine Arts (Houston), Museo de Arte Moderno (Ciudad de México), Southeast Museum of Photography, Daytona Beach Community College de Florida, Museo Universitario del Chopo (Ciudad de México), El Museo de los Ángeles (Turégano, España), Mexican Fine Arts Center Museum (Chicago), Fototeca Nacional (Pachuca, Hidalgo), Fototeca de Veracruz y Universidad Nacional Autónoma de México. Ha obtenido diversos premios nacionales e internacionales, como la medalla de plata en el Austrian Super Circuit de Linz, Austria, en 1994; el premio Camera de la UNESCO por el proyecto *Retrato de familia*, en 1996; el primer lugar en el concurso de cartel del XXXII Festival Internacional Cervantino, 2004, y la Medalla al Mérito Fotográfico, INAH, 2017. Ha realizado la dirección de arte de cuatro películas y obtenido tres premios Ariel por Vestuario, Escenografía y Ambientación de la película *De noche vienes Esmeralda*, de Jaime Humberto Hermosillo. Es miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte. <www.lourdesalmeida.com>.





Concurso 48 | Segunda entrega



Flor, collage digital, 2017

PREMIOS Y MENCIONES

• CRÓNICA

Primer premio

Malgré Tout

Marco Antonio Toriz Sosa

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Segundo premio

El Escudo Yucatán

o la Policía de la Decencia Blanca

Jesús Mihail Koyoc Kú

Universidad Autónoma de Yucatán

Menciones

Historia de los peces tristes

Carla Moriana Delgado Hernández

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

San Marcos

Héctor Andrés Echavarría Cázares

Universidad Michoacana
de San Nicolás de Hidalgo

Félix y Noé, dos libreros

en el callejón de la Condesa

Asael Gerardo Arroyo Re

Facultad de Filosofía y Letras (SUA)-UNAM

Crónicas Martianas

Alejandro Pérez Cervantes

17, Instituto de Estudios Críticos

Jurado: **Magali Tercero, Julieta García**

González y Felipe Restrepo Pombo

• CUENTO

Primer premio

La aprendiz de Nicole Kidman

Rafael Esteban Gutiérrez Quezada

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Segundo premio

Carolina

Gabriela Solís Casillas

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Mención

Dieta Diplodocus

Irma Sabina Orozco Sandoval

Universidad Autónoma Metropolitana
Iztapalapa

Jurado: **Ana Clavel, Cristina Rascón**

y **César Gándara**

• CUENTO BREVE

Primer premio

Transposición

Mauricio Nakash Stern

Instituto Tecnológico Autónomo de México

Segundo premio

Teoría de la Ley Penal y del Delito

Flavio Gallardo Aceves

Facultad de Derecho-UNAM

Menciones

A la infancia

Ari Jonathan García González

Universidad Michoacana
de San Nicolás de Hidalgo

Un círculo de poetas malditos

Marcos Gibrán Corona Pérez

Facultad de Ciencias Políticas
y Sociales-UNAM

Jurado: **Daniela Tarazona, Karen Chacek**

y **Marcial Fernández**

CONCURSO
48
punto
de partida

D
Literatura
UNAM

• GRÁFICA

Primer premio

Desaparecer es "dejar de existir"

María Fernanda Enríquez Martínez

Escuela Nacional de Pintura,
Escultura y Grabado "La Esmeralda"

Segundo premio

Coloración degenerativa

Santiago Amaya O'Farrill

Escuela Nacional de Pintura,
Escultura y Grabado "La Esmeralda"

Menciones

Entre la vida y la muerte

Carlos Eduardo Jacobo Garnica

Facultad de Artes y Diseño-UNAM

Matinal: simpáticas charlas sobre mis amigas

Balam Itzcoatl Celedón Nieto

Facultad de Artes y Diseño-UNAM

Apochkayaoteotl

Oscar Bernardo Ortega Díaz

Facultad de Artes y Diseño-UNAM

Mi peluda obsesión

Diana Aura López López

Facultad de Artes y Diseño-UNAM

Otoño

Erick Balcázar Ríos

Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco

Homo Ludens

Diego Leonardo Rivas Venegas

Escuela Nacional de Estudios Superiores
Unidad Morelia

Jurado: **Martha Hellion, Maribel Portela**

y **Sergio Ricaño**

• POESÍA

Primer premio

Seres aplastados

Anna Angulo Rivero

Facultad de Filosofía y Letras (SUA)-UNAM

Segundo premio

Los rastros del amor en la ciudad

[Estación violeta]

Daniel Salazar Ramos

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Menciones

Aviso oportuno

Julia Piastro García

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

El canto invisible de los pájaros

Manuel Ernesto Parra Aguilar

Universidad Autónoma del Estado de Morelos

Jurado: **Pura López Colomé, Paula Abramo**

y **Luis Paniagua**

• TRADUCCIÓN LITERARIA

Primer premio

El niño del costal (Cuento de un mundo

imaginario que podría ser el nuestro),

de Gilles Aulfray

Nadxeli Yrizar Carrillo

Humberto Pérez Mortera

Universidad Iberoamericana

Segundo premio

DECLARADO DESIERTO

Jurado: **Yael Weiss** y **Hernán Bravo Varela**

• ENSAYO

Primer premio

El autómatas jugador de ajedrez

Ricardo Medel Esquivel

CICATA-Legaria-Instituto Politécnico Nacional

Segundo premio

Gansito Marinela

Ricardo Macías Cardoso

Facultad de Economía-UNAM

Menciones

Cervantes el endemoniado: ifrit

de los últimos cuatrocientos años

Manuel Díaz Fernández

Universidad Autónoma de la Ciudad de México

Plantel Del Valle

Viento aparente

César García Campos

Universidad Autónoma Metropolitana

Cuajimalpa

Dos Teodorinas

Manuel Marcos Mugica Saavedra

Universidad Autónoma de la Ciudad de México

Plantel Del Valle

Jurado: **Ingrid Solana, Enrique**

Díaz Álvarez y Lobsang Castañeda

• FOTOGRAFÍA

Primer premio

El fantasma

Antonio Lozano Cuevas

Universidad Autónoma del Estado de Morelos

Segundo premio

Pueblos indígenas chiapanecos,

nueve imágenes que hablan una porción

de un mundo tan complejo

Alberto Andrés Hidalgo Luna

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Menciones

Recaudador de deseos

Andrea Amparo Abarca Orozco

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Las dimensiones del agua

Alexis Andrea Grain Hayton

Centro de Cultura Casa Lamm

Máscaras y espejos

Eduardo Marcelino Champo Rico

Universidad Autónoma de Chiapas

Los obreros de la caña

Diana Alejandra Betanzos Avilés

Facultad de Arquitectura-UNAM

Jurado: **Lourdes Almeida, Marisol**

Paredes y Javier Hinojosa

Segunda entrega

CUENTO BREVE / Jurado: Daniela Tarazona, Karen Chacek y Marcial Fernández

Transposición / Primer premio

Mauricio Nakash Stern

Instituto Tecnológico Autónomo de México

Teoría de la Ley Penal y del Delito / Segundo premio

Flavio Gallardo Aceves

Facultad de Derecho-UNAM

FOTOGRAFÍA / Jurado: Lourdes Almeida, Marisol Paredes y Javier Hinojosa

El fantasma / Primer premio

Antonio Lozano Cuevas

Universidad Autónoma del Estado de Morelos

Pueblos indígenas chiapanecos, nueve imágenes que hablan de una porción de un mundo tan complejo / Segundo premio

Alberto Andrés Hidalgo Luna

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

CRÓNICA / Jurado: Magali Tercero, Julieta García González y Felipe Restrepo Pombo

Malgré Tout / Primer premio

Marco Antonio Toriz Sosa

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

El Escudo Yucatán o la Policía de la Decencia Blanca / Segundo premio

Jesús Mihail Koyoc Kú

Universidad Autónoma de Yucatán

TRADUCCIÓN LITERARIA / Jurado: Yael Weiss y Hernán Bravo Varela

El niño del costal (Cuento de un mundo imaginario que podría ser el nuestro), de Gilles

Aufroy / Primer premio

Nadxeli Yrizar Carrillo / Humberto Pérez Mortera

Universidad Iberoamericana

Transposición

Mauricio Nakash Stern

INSTITUTO TECNOLÓGICO AUTÓNOMO DE MÉXICO

Siempre quise ser uno de los suyos. Al verlos moverse de un lado al otro con sus camisetas rojas, sentía una emoción inexplicable y al mismo tiempo una gran incertidumbre. Nunca supe exactamente cuál era su tarea. Todas las mañanas, a las 7:30, aparecían en la plaza central. Yo los observaba desde mi balcón mientras tomaba mi café matutino. Nunca logré identificar de dónde llegaban; simplemente, en un pequeño lapso de distracción, ya estaban ahí. Bastaba mirar unos segundos al reloj, observar a un perro que paseaba junto a su dueño o meterme en la casa para resguardarme del viento para que los hombres se encontraran en el centro de la plaza. Tampoco supe nunca cuántos eran exactamente. A veces parecían ser cientos, en otras ocasiones se percibían sólo unos cuantos. En cuestión de segundos daba la impresión de que se multiplicaban y luego se volvían a reducir.

Había perdido la cuenta de cuántos días me había sentado a mirarlos, pero esa mañana fue distinto. Por primera vez me rehusé a salir a mi balcón. Al terminar de asearme, bajé directamente las escaleras y salí del pequeño edificio donde vivía. Al doblar a la izquierda, en la calle que me sacaba de la plaza central, escuché que una voz me llamaba. Me di la vuelta al instante y comprobé que la voz venía del centro de la plaza. Caminé hacia ella. No comprendía exactamente lo que decía, parecía ser otro idioma. Cuando creía estar más cerca de la voz, ésta se movía de lugar; yo la seguía hacia donde mi tímpano alcanzaba a percibirla, como hipnotizado. La voz cesó en una fuente. Lentamente me fui asomando a su interior. Primero alcancé a ver mis ojos, mi nariz, mi boca y, por debajo del cuello, mi camiseta roja. Las voces no habían venido de ningún lado más que de mi cabeza y yo era, desde tiempo indefinido, parte de ellos. Ahora estoy condenado a vagar sin rumbo mientras otro hombre me observa desde su balcón. 

p. 17: *Media luna*, collage digital, 2017

Mauricio Nakash Stern (Ciudad de México, 1995). Es estudiante de Economía del Instituto Tecnológico Autónomo de México.



Teoría de la Ley Penal y del Delito

Flavio Gallardo Aceves

FACULTAD DE DERECHO-UNAM

Es gracioso que asalten a alguien que estudia la ley. Lo primero que piensa el estudioso de la ley es, inevitablemente, que el delito cometido no sería asalto sino robo, el cual se encuentra tipificado en el artículo 367 del Código Penal Federal (o en el artículo 220 del Código Penal para el Distrito Federal, que en el caso concreto es el Código aplicable); el decir “asalto” sólo muestra una completa ignorancia de la ley penal. Eso no detiene, sin embargo, el asalto en cuestión, al cual se refiere el sujeto que subió por la parte delantera del microbús (una agravante al presente delito) con un arma de fuego semiautomática en la mano derecha (otra agravante al delito de robo). El estudioso de la ley se convence de estar frente a robo calificado. El sujeto armado declara su deseo de apoderarse de teléfonos celulares y carteras contra la voluntad de los pasajeros (ejemplo, bastante claro, de un *iter criminis*). Un sujeto copartícipe en el delito reclama los objetos señalados por el sujeto armado (una muestra clara no sólo de participación delictuosa, en el caso particular da lugar a otra agravante del robo) y los arrebata de las manos de las aterradas víctimas (consumación del delito). El presente sujeto da tres vueltas por el pasillo del vehículo; en la segunda, el estudioso de la ley extrae, temeroso, del bolsillo derecho de su pantalón un teléfono celular (no sin antes, claro está, confirmar en su cabeza que el haberse defendido supondría una excluyente de responsabilidad penal: defensa legítima) y lo entrega al coautor material del delito referido. El sujeto armado vuelve a alzar la voz para advertir su falta de temor para la comisión del delito de homicidio (el cual también sería calificado y crearía un concurso real de delitos) contra cualquiera que intente hacerse justicia por su propia mano (algo que convenía plenamente al estudioso de la ley, puesto que queda prohibido hacerse justicia por sí misma, ni ejercer violencia para reclamar su derecho, de acuerdo con el artículo 17 constitucional). Ambos sujetos se dan a la fuga en el momento en el que se divisa una estación del Sistema de Transporte Colectivo Metro. El estudioso de la ley sabe el procedimiento jurídico frente a la policía, el cual consiste en presentar una denuncia ante el Ministerio Público para que se forme una investigación no judicializada en la que se crea una carpeta de investigación. Sí, todo el procedimiento penal le queda claro, pero mira de reojo la parte trasera del pesero y ve lo que presume son un padre y una madre con sus hijos, los cinco aterrados, descendiendo temblorosos por las escaleras del vehículo. Escucha las maldiciones que el conductor dirige mientras

Flavio Gallardo Aceves (Aguascalientes, 1995). Estudia el séptimo semestre de Derecho en la Facultad de Derecho de la UNAM y el primero de Lengua y Literaturas Modernas (Letras Inglesas) en la Facultad de Filosofía y Letras de la misma institución. Ha publicado “Un mundo feliz, una crítica a la educación conductista” y “Narcocorrido: expresión de la cultura mexicana” en la revista digital *Estepario*. Su cuento “Breve viaje en la línea verde” fue incluido en la antología *Círculo de lectura* (Facultad de Derecho, UNAM, 2016). Participó con el guión del cortometraje *No pase* en el concurso *¡En metro a FICUNAM!* (FICUNAM, 2015).

toca el recinto donde antes tenía sus monedas. El estudioso de la ley siente la presión de su novia que, paralizada, aprieta su mano debido al delito y el peligro inminente en el que se encontraron (sí, ella también es estudiosa de la ley, y de igual manera entregó sin rechistar su móvil). “Es gracioso que asalten a alguien que estudia la ley”, dice el estudioso frente a un sentimiento que jamás había leído en ninguna ley, reglamento o criterio de la Corte: impotencia. ♣



Hula hula (detalle), collage digital, 2017

El fantasma

Antonio Lozano Cuevas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MORELOS



Todas las imágenes de la serie: impresión digital, 14 × 21.5 cm, 2016

Antonio Lozano Cuevas (Acapulco, Guerrero, 1986). Estudió la licenciatura en Artes en la Universidad Autónoma del Estado de Morelos, así como el Seminario de Fotografía Contemporánea 2013, en Centro de la Imagen, y el Programa de Formación Fotoensayo, en Pachuca, Hidalgo. Actualmente cursa la maestría en Producción Artística en la UAEM. Obtuvo la beca del Programa de Estímulo a la Creación y al Desarrollo Artístico de Guerrero (PECDAG) en 2012, en el área de Escultura, y el estímulo del programa Jóvenes Creadores del Fonca en el área de Fotografía (2014-2015). Su trabajo fue exhibido en el 10° Festival Paraty em Foco y en el Festival PHotoESPAÑA (2015 y 2016). Fue seleccionado para el XXVII Encuentro Nacional de Arte Joven y para la 1° Bienal de Artes Visuales de la UNAM. Su trabajo ha sido publicado en el libro *Develar y detonar, Fotografía en México* y en la revista *192*.















Malgré Tout

Marco Antonio Toriz Sosa

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS-UNAM

In memoriam.

Son los hombres del alba.

[...]

Los hombres más abandonados,

más locos, más valientes:

los más puros.

Efraín Huerta

H ojeando el número 113 de la revista *El cuento*, que editaba el maestro Edmundo Valadés (adquirida en un local de revistas viejas de la calle Donceles), encontré “La pulga en la oreja”, narración de Carlos Flores Vargas, mexicano.

De pronto, el nombre explota en mi cabeza buscando una manera de otorgarme una memoria, de hacer sinapsis; aquel nombre obtiene su objetivo y logra anclarse a una memoria remota en la que es el año 2013, por la tarde.

Explanada del Palacio de Bellas Artes: un punto diminuto comienza a agrandarse a medida que se acerca hacia donde me encuentro, un punto creciente que camina con pasos calmados, como sabiendo que el Destino no puede alejar a dos seres que han sido escogidos previamente para encontrarse (“andábamos sin buscarnos”, dijo Cortázar). El hombre avanza hasta quedar perpendicular a mi vista, es rechoncho, de sonrisa inmutable, de boina eterna (según pude comprobar) y voz apacible. Nos miramos y él sonríe. Señala el libro que estoy leyendo. Soy escritor, dice, con tono lacónico, mas no intimidante. Lleva un *stand* colgado al cuello; de éste se asoman varios libros que a leguas parecen ediciones

artesanales con títulos escabrosos: *Cuentos de sexo, Estela y la sangre, Estos cuentos baratos*.

Me llamo Carlos, dice. Carlos Flores Vargas. Y yo, respondiendo a un ejercicio inútil de reconocimiento, intento encontrar, entre los pliegues de la memoria, algún texto que haya leído, cuyo autor responda a ese nombre. He fallado, no lo ubico. Lo reconozco, le digo, no he oído hablar de usted. Él, como si esperara esa respuesta desde siempre, me relata una historia: trata de un hombre que, a cuestras, libra una huelga de hambre en contra de una gran editorial; un hombre que lucha por algo que le pertenece: la publicación de un libro, dictaminado por contrato, y que al final lo pierde todo. El nombre de este sujeto queda en la “lista negra” de la literatura mexicana, destinado a no poder publicar nada más en ninguna editorial, por pequeña que fuera. Ésta era la historia de Carlos Flores Vargas. Ésta es *su* historia.

1.

La cerrada de Leandro Valle, a un costado de la iglesia de Santo Domingo, aparenta una tranquilidad hosca, como si golpeará levemente: esa calma del DF (ahora CDMX) en la que en cualquier momento puede pasar algo extraordinario. ¿Pero qué es en realidad lo extraordinario, si vivir en la Ciudad de México es ya, de por sí, algo fuera de lo habitual?

Llego a una fuente. Enfrente está el domicilio que busco. Golpeo la puerta con insistencia y un vecino abre el zaguán. “Disculpe, ¿se encuentra el señor Carlos?”, pregunto con voz tímida. El hombre me mira. Dice: “No soy

Marco Antonio Toriz Sosa (Ixtapaluca, Estado de México, 1996). Estudia Lengua y Literaturas Hispánicas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Ha sido dos veces becario de verano en la Fundación para las Letras Mexicanas (2015 y 2017) y del Festival Interfaz “Los signos en rotación” (2016). Obtuvo el segundo premio en el Concurso 46 de *Punto de partida* en la categoría de Cuento. Actualmente dictamina narrativa en la revista *Primera Página* y escribe la columna “Órgano de Ánimos Penfield”. Algunos textos suyos han sido publicados en *Círculo de Poesía*, *Cuadrivio*, *Rojo Siena*, *Punto en línea*, *La Palabra y el Hombre*, entre otros medios impresos y digitales.

portero, chavo.” Me pregunta si sé el número interior de la casa y respondo que sí. Me deja pasar.

Poco después, estoy frente al domicilio de Carlos Flores Vargas, de oficio impresor y mecanógrafo, de vocación escritor.

Luego de un par de minutos y una llamada infructuosa, la puerta se abre. Reconozco a mi anfitrión: luce mucho más delgado que en las fotos que documentan su lucha. Mucho más delgado que hace unos años, cuando lo conocí. Sin embargo, sus ojos cándidos y la boina me hacen recordar cuando lo vi por primera vez. Su voz, pasmada y cálida, como de un abuelo consentidor, me invita a pasar.

La entrevista se lleva a cabo en la cocina. El escenario es una mesa al lado de un librero repleto de tomos distintos y otra mesa de menor tamaño que contiene ristas de libros sin empastar aún. Son ejemplares de *Cuentos de sexo*, *Estela y la sangre* y *Estos cuentos baratos*.

El señor Carlos lleva un bote de basura junto a él y toma asiento. Me advierte:

—Por la enfermedad necesito escupir. Espero no le moleste.

A mí no me molesta en absoluto. ¿La enfermedad?, me pregunto.

Miro la cocina y la estancia por donde entramos: hay libros y cajas que, me dice, contienen portadas con las que empasta los ejemplares.

Don Carlos me pide, con la voz cortada y seca, que disculpe el desastre. No tengo nada que disculparle.

Luego tiene un acceso de tos y escupe en una servilleta.

Poco después me entero: tiene cáncer.

2.

En 1988, el jurado del Premio Internacional de Cuento Max Aub, convocado por la Fundación Max Aub, en España, declaró ganador del certamen al texto “La pulga en la oreja”, del mexicano Carlos Flores Vargas.

Cuatro años antes de que esto ocurriera, después de padecer un *writer's block* que se alargó por más de veinte años, Carlos Flores intentó escribir una novela que tituló *La mujer posible* (aún inédita). Para afilar el lápiz, en palabras del propio Carlos, se puso a escribir cuentos. De este afán por afilar el lapicero salieron los textos que dieron cuerpo a la primera edición de *Cuentos de sexo*, que contenía seis relatos originales. El tiraje fue de quinientos ejemplares artesanales, impresos y empastados por el propio autor. “La portada fue diseñada por un primo mío”, dice don Carlos. Era una edición que, inicialmente, se agotó. Eran libros destinados a regalar-se a los amigos que iban a la casa de Carlos a pasar el rato, platicar, echar chela o todo junto.

Poco después, uno de esos ejemplares llegó a las manos de Jacobo Zabłudovsky, enviado por el autor con la esperanza de obtener un dictamen favorable. (Cabe mencionar que Jacobo Zabłudovsky ya había apadrinado a personajes como Armando Ramírez con su novela *Chin Chin el teporocho*, y el libro, gracias a la recomendación, vendió más de treinta mil ejemplares en tres años.)

Los relatos incluidos en *Cuentos de sexo* emocionaron a don Jacobo. He aquí las palabras del *honoris causa*: “Me emocionaron, me divertieron, me conmovieron.”



Corte y tinte de cabello, collage digital, 2017

—Jacobó Zabłudovsky me mandó a llamar y fui a verlo a sus oficinas en Televisa. Me dijo que me iba a recomendar con la editorial Diana. Cuando ya me iba, aún en estado de *shock*, como en medio de un sueño, me quedé parado frente a su escritorio. Él vio que estaba impactado y dijo: “Sí, puede usar usted mi nombre con toda libertad, para lo que sea.” Así fue como llegué a la editorial Diana. Y después de eso nunca volví a mencionar su nombre.

Esto es sólo el inicio de la historia narrada por Carlos Flores. La primera parte de un suplicio que se alargó

por cinco tediosos años. Todo terminó durante la celebración de la Feria Metropolitana del Libro de 1989, con una huelga de hambre:

—José Luis Ramírez, el entonces director de Diana, me recibió. Me dio a firmar el contrato y luego pasó mis textos al director de la Editorial Universo, que era parte del grupo Editorial Diana. Después, José Luis Ramírez salió de la editorial. Pusieron a otro que no sabía, creo, que era yo recomendado de Jacobó Zabłudovsky, y ahí dejaron mis cuentos, sin el trato, digamos, preferencial que me habían dado por ser recomendado del señor Jacobó.

El desplazamiento que sufrió *Cuentos de sexo* por parte de los directivos de Diana se prolongó día con día hasta sumar cinco años. Carlos Flores Vargas firmó el contrato que José Luis Ramírez le ofreció; la idea era publicar doce mil ejemplares que, según Ramírez, conocedor del *marketing* capitalino, “se venderían como pan caliente”. Firmó el mismo contrato que le ofrecieron a García Márquez. Era un contrato de machote que, al final, resultó tener más agujeros que un queso gruyer. Esta situación dejó a la editorial con un sinfín de pérdidas.

—Cuando sus escritores de cabecera vieron el tipo de contrato leonino y abusivo que tenía la empresa, comenzaron a retirarse. Así fue como Diana empezó a caer (de por sí ya estaba muy mal). Decreció poco a poco hasta ser lo que es hoy en día: un apéndice chiquito de Grupo Planeta. Y no me da gusto, era una editorial mexicana...

Cuando ya habían terminado los cinco años de duración del contrato con la editorial Diana, el escritor reclamó a la empresa la edición pendiente. Los directivos le pidieron que esperara cinco años más. Él, hombre cabal y digno, no estaba dispuesto a perder más tiempo.

3.

El área de trabajo de don Carlos Flores consiste en una computadora de modelo antiguo con un filtro de pantalla azul y una máquina de fotocopias.

En la mesa, a un lado de nosotros, se encuentra el aparador móvil —una suerte de soporte— que don

Carlos se coloca al cuello al salir a la calle, el cual contiene ejemplares empastados de sus libros: tres son de cuentos y uno es la obra de teatro *Los cerdos no sudan*.

También, escondido debajo de unos cuantos libros, se puede ver el cartel repleto de notas de diversos periódicos de circulación nacional e internacional que dan sustento a sus palabras: son recortes que narran la lucha que libró en contra de una editorial. Todas esas imágenes y reportajes constituyen un elemento más que se coloca al cuello a modo de pancarta cuando se dispone a vender sus libros. Últimamente no sale a la calle como de costumbre y teme que los lectores desaparezcan de un momento a otro. “Como ya no salgo a vender los libros, no hay promoción; pero, antes de esto, antes de la enfermedad, lo hacía con cierta frecuencia”, me dice.

Al hablar es muy gestual, mueve las manos, y cuando hace mención de algún libro en específico, se levanta a buscarlo en el librero.

Me dice: “No vaya a creer usted que a Jacobo le mandé mis cuentos en hojas. No. Yo le mandé un librito que ya había impreso en mi taller... déjeme ver si tengo uno todavía”, y se levanta de la mesa. Es así como tengo en mis manos una primera edición de *Cuentos de sexo*. La edición es de 1983. La portadilla tiene una firma con letra irregular que dice: “para mi padre” y la rúbrica del autor.

Es el único ejemplar que queda de ese primer tiraje.

El señor Carlos lo mira y dice: “Perdón que no le pueda obsequiar este ejemplar, pero es el único que queda, me llena de recuerdos”, y permanece en silencio por unos segundos.

4.

Carlos Flores Vargas se creó una fama de bullanguero desde los diecisiete años. A esa edad protagonizó una riña con Bartolomeu Costa-Amic, dueño y editor de la ya extinta editorial homónima. El motivo de la gresca: problemas con la publicación de su primera novela, *Basural de pasiones*, narración de “experiencias juveniles que cuenta la primera experiencia sexual de un joven con una prostituta; pero, desde que la ve [a la prostituta], se pregunta por qué la vida lo llevó a ‘estrenarse’ con ella y no con una amiga de su escuela”. Era una novela verde-rosa, según su autor. “Verde en el sentido de que se notaba lo inexperto del autor, y rosa porque, a pesar del tema, se notaba cierta ternura.”

Cuando Costa-Amic leyó la novela, quiso publicarla de inmediato. Carlos Flores revisó las galeras y las entregó corregidas, y Bartolomeu Costa-Amic le comentó que la editorial pasaba por una crisis económica muy fuerte; que quería publicar la novela, pero que en ese momento no podía debido a la falta de capital. Y luego, la letanía que tiempo después volvió a escuchar de los labios de José Luis Ramírez: para ver su libro impreso tiene que esperar dos o tres años.

—Me dijo que si a mí me interesaba, podía publicar de inmediato, pero teníamos que ir a mitad con los gastos. Yo tenía diecisiete años, estaba ilusionado y le dije que sí, que me dijera los costos. Me presentó una cuenta en donde incluía todo: papel, impresión, etcétera. Lo que él no sabía era que yo, en esa época, trabajaba como mecanógrafo en el portal de Santo Domingo y tenía muchos amigos impresores. Ellos me ayudaron checando

los costos. Descubrieron que el señor Bartolomeu Costa-Amic estaba cobrándome a mí la edición íntegra. Cuando yo le dije al señor que lo que me quería hacer estaba mal, me gritó, me mentó la madre y me mandó hasta quién sabe dónde. Me dijo que iba a publicar la novela por su cuenta. Yo lo amenacé con demandarlo, pues la tenía registrada a mi nombre. Hubiera sido un robo, literalmente.

El libro no se publicó.

Basural de pasiones, inédita aún, llegó a las oficinas de la editorial Diana cuando Carlos Flores firmó el contrato para publicar su primer libro de cuentos. El encargo fue hecho por el entonces editor, José Luis Ramírez, pues pensaba aprovechar la “oleada de éxito” que el autor iba a tener. Era necesario contar con otro texto ya escrito para publicarlo inmediatamente después de *Cuentos de sexo*. Pero luego del pleito entre la editorial Diana y el escritor, José Luis Ramírez no quiso saber nada más de él. “Cuando quise pasar a la editorial a recoger mis originales, me dijo que ya todas mis porquerías estaban en la basura. Me pareció increíble esa respuesta, viniendo de una persona como él. Pero estaban encabronadísimos”.

Don Carlos sonrío cuando cuenta la historia.

Le digo: “Me gustaría que me cuente sobre esa huelga de hambre, ¿cómo fue?”

Él, sin dejar de lado el humor, responde: “pues fue sin comer”.

Y da un sorbo a su refresco.



Jueves ves, collage digital, 2017

5.

El martes 8 de agosto de 1989, aprovechando la celebración de la Feria Metropolitana del Libro, realizada en el pasaje Zócalo-Pino Suárez, Carlos Flores Vargas, de cuarenta y cuatro años, manifestó su inconformidad con la editorial Diana. En ese año había sido galardonado con el Premio Internacional de Cuento Max Aub y el Premio Latinoamericano de Cuento de la Casa de Cultura de Puebla; además, había obtenido el cuarto lugar en el Premio Internacional de Cuento Juan Rulfo.

La lucha no era por la publicación del libro, sino por una indemnización. El escritor pedía que, tomando en cuenta el tiempo perdido en el que la editorial había retenido el manuscrito de *Cuentos de sexo*, se le diera una compensación por la espera. “Estaba dispuesto a hacer justicia de una manera más civilizada, pero el contrato tenía muchas salidas legales. No podía demandarlos”, refiere Carlos Flores.

Entonces tomó una decisión: hacer huelga de hambre.

—No se me había ocurrido en dónde, y uno de mis amigos me dijo que aprovechara la Feria del Libro. Me



Los no fantasmas, pintura/yeso, 21 × 20 × 10 cm, 2017

pareció una gran idea, así que me preparé, hice una manta que explicaba el porqué de mi lucha y, cuando llegó el día, entré a la feria con unos amigos que me acompañaron para hacer bullo.

Por azares del destino, el lugar que Carlos escogió con antelación para sentarse y hacer huelga se ubicaba exactamente a un lado del *stand* de la editorial Diana. Al sitio acudieron personajes como Eli de Gortari, Carlos Monsiváis, Óscar de la Borbolla, Elena Poniatowska y un representante de la Fundación Max Aub, que “traía el apoyo de la Corona Española”.

Por más de una semana, el escritor y entonces militante de una causa inédita hasta el momento estuvo plantado en la Feria del Libro luchando por una indemnización. La editorial, de alguna forma, se hizo de la vista gorda.

Durante la huelga, Carlos Flores aprovechó para vender los ejemplares que restaban de aquella primera edición de autor de *Cuentos de sexo*. Luego de nueve días de no recibir respuesta, Carlos pensó que era hora de llevar a cabo el *plan B*. Un plan mucho más radical que, de fallar, tendría repercusiones físicas y psicológicas.

El 15 de agosto del mismo año, el autor lanzó una amenaza a la editorial Diana, con la intención de que lo tomaran en cuenta:

—Dije que me iba a amputar quirúrgicamente un miembro de mi organismo y me lo iba a comer guisado a la mexicana en presencia de quien quisiera asistir.

Al día siguiente, la editorial Diana cedió ante sus exigencias. Le otorgó una indemnización y dejó libre el manuscrito para que él le buscara cabida en alguna otra casa editorial.

6.

Hoy, veintisiete años después de aquel incidente, Carlos Flores Vargas no se arrepiente. “Después de la huelga de hambre, quedé vetado del gremio editorial”, cuenta.

Carlos Flores Vargas ha ganado una lucha contra la editorial Diana, ha ganado una indemnización. No tuvo que amputarse ningún miembro.

No tuvo que comer su propia carne.

Los diarios lo llamaron “el escritor autófago”.

Después de publicar una edición de dos mil ejemplares de *Cuentos de sexo* con Vicova Editores, intentó colocar sus libros en algún otro sello editorial. Y para eso era necesario material nuevo: *Estela y la sangre*, un compendio de nueve relatos, entre ellos los dos que habían sido galardonados.

Pero ya no lo querían. Como él mismo lo dice: “me convertí en el apestado”.

Un escritor apestado.

El escritor apestado.

Pasó cerca de diez años tocando las puertas de las editoriales sin que ninguna se dignara a publicarlo. Supo, hasta mucho tiempo después, “como el marido cornudo, el último que se entera”, que no querían tener tratos con él. Se hizo una fama de subversivo. Tuvo que resignarse a vivir en la lista negra del mundo editorial. Aquellos que nunca serían publicados.

—Una ocasión, Ignacio Trejo Fuentes me preguntó por qué no publicaba en editoriales “patito”. En ese momento se me ocurrió hacer mi propio sello. Y ahí nació Ediciones Patito Feo.

El oficio de impresor en la plaza de Santo Domingo lo ayudó a crear sus propios libros. Libros “artesanales”, ediciones de autor que después vendería por su cuenta.

Armado con un soporte para colocar los libros, con la pancarta llena de recortes de periódicos y con una facilidad de palabra exorbitante, Carlos Flores Vargas ha abordado, por muchos años, a los transeúntes de la Ciudad de México ofreciendo su literatura. Una manera

insólita de ganarse la vida, pero, sobre todo, una forma de hacer justicia por su propia mano. De mostrar que es imposible silenciar a la cultura. No es posible ocultar la voz de un hombre que merece el completo reconocimiento por lo que hace.

Su nombre es Carlos Flores Vargas y escribe.

Su castigo por buscar la justicia fue, como en la Antigua Roma, ser condenado al olvido. Un olvido que no lo absorbió. Un olvido al que le plantó cara.

7.

En los tiempos de la Antigua Roma, el *senatus consultum* tenía una forma de borrar de la historia de la humanidad el rastro de cualquier hombre que, a su juicio, no mereciera perdurar en la Historia. Esto se conocía como *damnatio memoriae* (la maldición de Calígula y de Nerón): ser sentenciado a que nadie recordara nada de ti, ser lanzado al olvido. Al final, pasaba el tiempo y no había nada que hablara de ese hombre que algún día fuiste y del que todos sabían que existía. Tu nombre estaba prohibido. Hablar de ti era hablar de un fantasma con cuerpo.

Carlos Flores Vargas sobrevivió a la oscura maldición de la memoria. Rompió el canon con sus propios medios hasta dejar estragos en la realidad. Se convirtió en un punto del presente que se fue ensanchando como una mancha de tinta sobre el papel.

Le pregunto: “¿Por qué no intentó publicar con un seudónimo?”

—No me parecía algo correcto. Yo soy Carlos Flores

Vargas, y así va a ser siempre. No necesito un seudónimo. Con mi nombre me basta.

A lo largo de todo este tiempo, después de librar una batalla que, a leguas, parecía en desventaja; después de resultar victorioso, pero también de perder la oportunidad de alcanzar el éxito en su momento, logró elevarse poco a poco.

Hoy, imprimiendo, empastando y vendiendo sus propios libros, se ha hecho un sitio en la literatura *underground*. Su nombre es parte de las leyendas de la ciudad. Una sombra que cada vez irradia más y más. Ha logrado vender arriba de quince mil ejemplares de sus libros por su cuenta y bromea al respecto: “Ya hasta me estoy volviendo famoso.” Es la fama que siempre mereció. El reconocimiento a su obra.

Carlos Flores Vargas, escritor marginal. “El apestado”, como él mismo se llama, sufrió el castigo de los que se sublevan. Sobrevivió al olvido colectivo. Sobrevivió a una huelga de hambre. Sobrevivió a la tempestuosa ciudad.

Fue uno de los tantos portavoces de *Los hombres del alba* que, como Efraín Huerta escribió, son los “caídos de sueño y esperanzas, / con los ojos en alto, la piel gris / y un eterno sollozo en la garganta”. Logró salir com-

pleto de una batalla e incólume de la maraña cultural mexicana. No se dejó envolver. Ni en un principio ni nunca.

Hoy tiene cáncer. Sin embargo, se nota en su rostro la esperanza de sobrevivir también. Con las ansias por seguir escribiendo, a punto de finalizar tres novelas, con las ganas de poner punto final a esos textos, a como dé lugar. Con la frente en alto, como está acostumbrado a hacerlo, sabiendo que el olvido no es para él.

Miro la primera edición de *Cuentos de sexo*. El último ejemplar que posee el autor. Una reliquia. La dedicatoria: “para mi padre” y la firma del autor. El índice que incluye seis cuentos. La página legal que da fe de que el tiraje fue de quinientos ejemplares, y el año: 1983. Y, por último, el epígrafe que revela la razón de una lucha personal.

¿Por qué seguir dando todo por una causa en apariencia perdida? ¿Por qué apostarle todo a la literatura? ¿Por qué? ¿Por qué...?

Y la respuesta sigue siendo algo incierto.

Leo el epígrafe en voz alta: “*Malgré Tout*.”

—*Malgré Tout*: A pesar de todo —dice Carlos Flores Vargas.

Y sonrío. 📍

El Escudo Yucatán o la Policía de la Decencia Blanca

Jesús Mihail Koyoc Kú

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE YUCATÁN

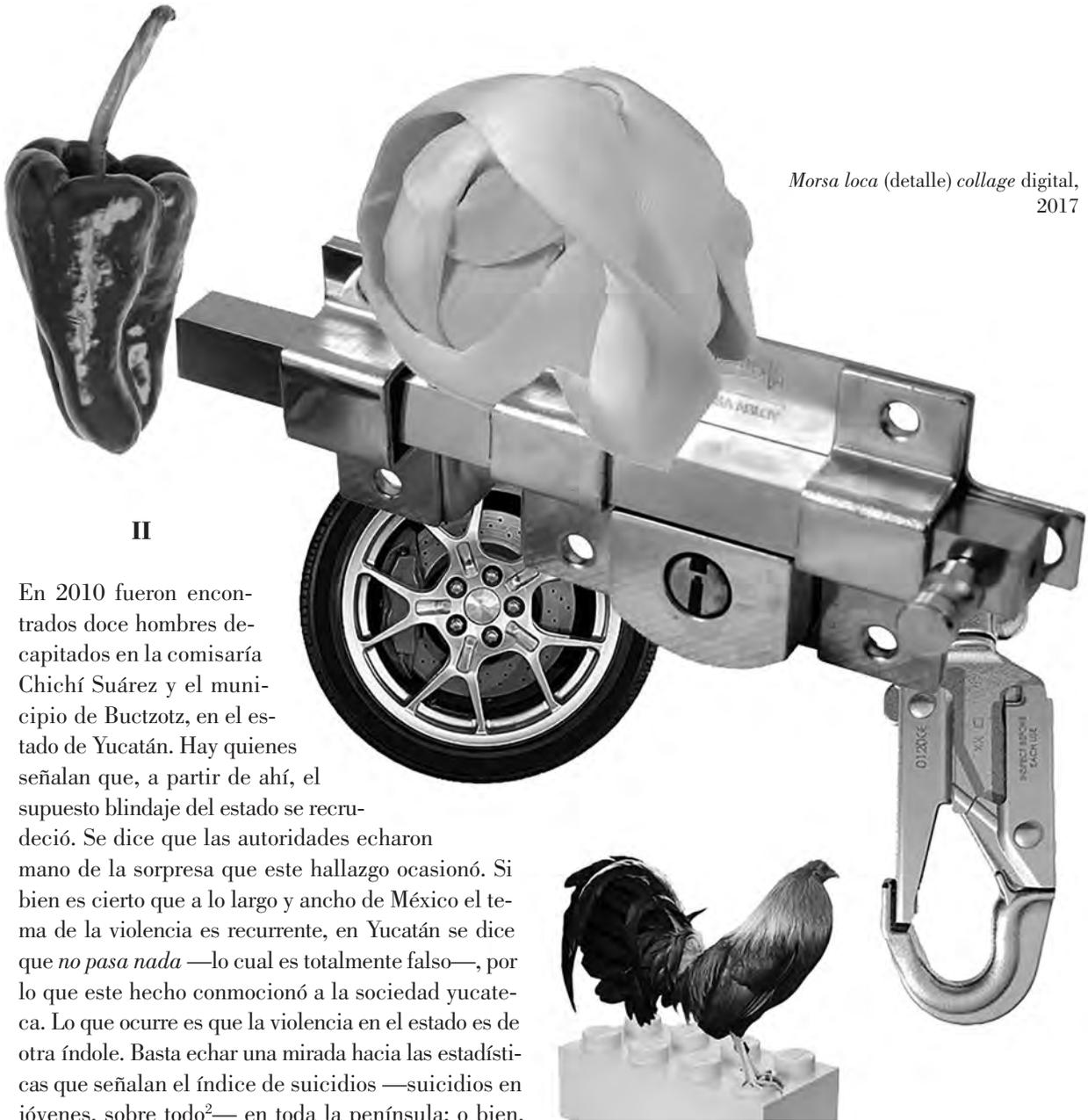
I

Imagina que una noche sales de fiesta. Consumes con moderación. Decides hacerlo así porque ese día te permiten sacar el auto —o porque vas en bicicleta, o a pie, o simplemente porque sabes que tienes que volver sano y salvo—. Te vas a casa temprano. La policía comienza a seguirte y no sabes por qué. Preferes pensar en otra cosa. Que no te siguen, que, por Dios, eso no puede estar pasándote a ti. Imagina que la policía te detiene de forma arbitraria. Te cierra el paso. Te obliga a bajarte del coche o de la bicicleta o a detenerte. Luego, simplemente, los agentes te apuntan a la cabeza. Con una pistola *de verdad*. Con balas que pueden destrozar tu cráneo. Y entonces desaparecerías en las profundidades de la noche. Las tinieblas te morde-rían la piel, desgarrándote por completo. Nadie sabría nada de ti. Imagina que, mientras te apuntan a la cabeza, te obligan a desnudarte, a tirarte al piso. Y mientras tanto, te gritan. Te acusan de un crimen que no has cometido. No un crimen cualquiera, sino un asesinato. Imagina que te dicen que mataste a alguien. Te dicen que te vas a morir. Que ni siquiera tu madre te va a encontrar. Que nadie va a volver a saber de ti. Los minutos pasan. Tú sigues en el suelo, mientras los oficiales de policía continúan gritándote. Pero tú sólo piensas en que no sabes qué has hecho, en que no quieres morir esa noche, en que, si mueres, preferirías que te encontraran —más que nada, para no mantener a tu madre con la angustia, con la Eterna Espera, pensando que cualquier día podrías aparecer por tu casa, como si nada hubiera pasado—. Te aferras a que volverás a casa.

Las piedras que hay en el pavimento se clavan en tu piel, se aferran a morderla como si realmente fueras a desaparecer esa misma noche. Al cabo de un momento, un superior aparece. Supuso que algo iba mal y decidió seguir a las patrullas que te siguieron. Investigó un poco y se dio cuenta de que te detuvieron de forma arbitraria. Te levanta del piso, te dice que te vistas, te dice que te vayas a casa. Y le haces caso. Te levantas, te vistas, te subes a tu coche o a tu bicicleta o te vas a pie, te vas a casa; el sudor te baña como lluvia de verano, no le dices nada a nadie. Estás asustado. Sobre todo, estás asustado por algo que viste. Los policías —quizá todos— eran como tú: la piel morena, los ojos negros, el cabello lacio y terco, los rasgos indígenas —somos hermanos, se supone—. Antes estuviste rabioso, algo se rompió dentro de ti por el dolor que te ocasionaron esas personas sin tener un motivo real. Quisiste matarlos. Quisiste hacerles todo lo que te hicieron. Pero sigues muy asustado como para contarle a alguien. En lugar de eso, enciendes la computadora, a las dos de la mañana, más sobrio que la noche que debe seguir despierta hasta el amanecer, y comienzas a escribir al respecto.¹

En Yucatán, es mucho más difícil encontrar a esos *policías buenos*. Sobre todo cuando están dispuestos a todo lo contrario.

¹ El trompetista afroamericano de jazz Christian Scott escribió la melodía *K. K. P. D.* después de una experiencia similar. Para más información, revisar <<https://www.youtube.com/watch?v=mVJjmyFfuts>>.



II

En 2010 fueron encontrados doce hombres decapitados en la comisaría Chichí Suárez y el municipio de Buctutz, en el estado de Yucatán. Hay quienes señalan que, a partir de ahí, el supuesto blindaje del estado se recrudeció. Se dice que las autoridades echaron mano de la sorpresa que este hallazgo ocasionó. Si bien es cierto que a lo largo y ancho de México el tema de la violencia es recurrente, en Yucatán se dice que *no pasa nada* —lo cual es totalmente falso—, por lo que este hecho conmocionó a la sociedad yucateca. Lo que ocurre es que la violencia en el estado es de otra índole. Basta echar una mirada hacia las estadísticas que señalan el índice de suicidios —suicidios en jóvenes, sobre todo²— en toda la península; o bien, aquellas que apuntan a la violencia intrafamiliar. O las que abordan los accidentes automovilísticos.

Cuando se habla del blindaje del estado, éste parece no escatimar en recursos —incluso más allá de los económicos—. La violencia por parte de los organismos oficiales se ha vuelto más severa contra cualquiera que sea diferente a lo que se ha impuesto desde las altas cúpulas gubernamentales. Los registros han quedado ahí:

² Al respecto, alumnos de la materia de Periodismo en Internet de la Universidad Autónoma de Yucatán desarrollaron el siguiente reportaje multimedia: <<https://suicidiosyucatan.com/>>.



las detenciones arbitrarias son el pan de cada día. Las golpizas por parte de la policía no se quedan atrás —aun cuando la detención haya sido arbitraria—. Los cateos sin orden también son algo común, como en todo el país. ¿Extorsiones en contra de campesinos? Nada desconocido dentro de la entidad. La intimidación por medio de las armas tampoco es un tema nuevo en el estado. En 2016 apareció el programa Escudo Yucatán, criticado duramente desde sus orígenes. Este programa había tenido antecedentes en la fundación de la Policía Estatal Acreditada (PEA) en 2013, con una inversión inicial de

Jesús Mihail Koyoc Kú (Halachó, Yucatán, 1992). Cursa la licenciatura en Literatura Latinoamericana en la Universidad Autónoma de Yucatán. Ha publicado en medios impresos y digitales, como *El Guardatextos* y *Revista Simulacro*, entre otros. Fue finalista en el I Concurso de Crónica Al Cielo por Asalto, convocado por FÁ Editorial. Fue incluido en la antología *Después del viento. 13 homenajes a Jesús Gardea*, de la editorial Aldea Global. Es cofundador de la revista digital *Efecto Antabus* (<www.eantabus.com>).

sesenta y un millones de pesos. Esta PEA sentó las bases que luego retomó el Escudo: homologación de procesos, desarrollo de programas de prevención del delito, entre otras.

Jesús Díaz Kantún ha sido víctima de este alto nivel de violencia por parte de los organismos oficiales en más de una ocasión, la PEA incluida, quienes una vez estuvieron a punto de detenerlo y golpearlo por el simple motivo de esperar cerca del coche de un amigo, en el estacionamiento de una plaza al norte de Mérida: cuenta él mismo que había más de treinta policías rodeándolo, dispuestos a someterlo. La última vez que Jesús sufrió este acoso fue a manos de la Policía Estatal (diferente a la PEA), hace apenas unas semanas:

Fui a un Oxxo a comprar, solo. Estaba en la casa con un cuate, pero fui solo. Creo que igual hicimos una pendejada porque este compa me dio su tarjeta para comprar, pero no mames, eso lo hacen todos, siempre, y no pasa nada. Ya estando ahí en el Oxxo, agarré lo que iba a pagar, y *cuandostaba* cerca de la caja, tiré *unnwase* que se rompió. Entonces la banda del Oxxo se me acercó y me preguntó que qué pedo, que qué había hecho, *Yo lo pago, no hay pedo, acá tengon la tarjeta*, y a la hora de pagar, se me olvidó el pinche NIP. Les expliqué a los batos que esa tarjeta era de un cuate, pero me dijeron que yo estaba robando, o que eso era lo que les parecía, *Entonces, güey, revisa tus cámaras pa' que veas que no es así*, y me dijeron que no, que iban a llamar a la policía. Ahí empezó el desvergue, porque los batos del Oxxo me retuvieron, me cerraron el paso, no me querían dejar pasar. Ya luego llegó la policía. *Vamos afuera para hablar*, pero qué verga, con *esosimios* no se puede hablar.

Yasta traían listas las esposas los hijos de la verga, me subieron a la camioneta y *mempesaron* a romper la madre, siempre cuidando que nadie del Oxxo me viera, *Eres un pinche drogadicto, esto te pasa por rebelde, hijo de tu reputísima madre*, y me seguían puteando, *lassposas* bien apretadas, me dolía todo hasta casa de la verga. Luego *mecharon* gas pimienta en los ojos y me llevaron a *loseparos* mientras me segufan puteando. Ya cuando llegamos, los hijos de puta me tiraron al suelo de grava, así, esposado, me levantaron y yo les pedía que me echaran agua encima pero los hijos de puta sólo se reían. Luego me mojaron todo y lo que quedó de una botella me lo echaron en los ojos. Me obligaron a quitarme los zapatos y me pasaron con una doctora que me obligó a desvestirme de cintura *parriba*, claro, acompañada de un puerco. *Quesque* sus análisis. Me pidieron unos datos y luego me llevaron a la entrada, donde ya me estaban esperando otros tres. Ahí me obligaron a quitarme todo, y yo les dije que no, que no quería, y me siguieron puteando, me apretaron más las esposas, y ora sí, me pegaron hasta con la macana y me desviaron el tabique. Me robaron mis cosas, los puercos: un reloj y mis zapatos, que según firmé como míos pero nunca volvieron. Me revisaron el culo a la fuerza, me desvistieron, *Aquí vas a obedecer porque obedeces, hijo de tu puta madre, eso te pasa por rebelde*, y me volvieron a esposar, bien culero, y me aventaron a una celda así. Estuve gritando hasta que alguien fue a aflojar las esposas, pero como una hora después, porque no mames, imagínate: esposado, todo mojado, y con el ventilador dando directo a la celda. Como no fue nadie de derechos humanos, tampoco me dejaron llamar, ni a mí ni a nadie de los que

estaba conmigo, ni tampoco me hicieron firmar nada, sólo estuve ahí, treinta y seis horas, bien puteado. Al rato llegó un bato caminando escaldado porque lo habían torturado electrocutándole los huevos. Ya luego me dieron agua y un bolillo con jamón y queso que no merece llamarse torta. La banda de ahí adentro se portó bien chido, todos a los que les llevaban comida la compartían con los demás, si había alguien impertinente, hacíamos que lo cambiaran de celda. Pero estuvo de la verga, cuando te metes con los estatales, te dejan *bien plumita*.

III

La inversión inicial que recibió el Escudo Yucatán fue de mil quinientos millones de pesos (mismos que Banorte otorgó al gobierno estatal mediante un crédito) para *blindar* el estado. El Escudo tiene tres ejes principales: Política de prevención social del delito (Escudo Social); Actualización del marco jurídico penal (Escudo Jurídico); Fortalecimiento tecnológico (Escudo Tecnológico). El Escudo Yucatán es un programa que pretende involucrar al pueblo —o cuando menos, a una parte del mismo—. En la página oficial del programa puede leerse, como primera línea de presentación: “Escudo eres tú, tus papás, tus abuelos, tus amigos de la colonia o de la escuela. Escudo somos todos quienes vivimos y cuidamos la seguridad de nuestro estado.” Entre las acciones que se incluyen en el programa, está la creación del Sistema Estatal de Seguridad Pública y la del Instituto de Ciencias Forenses del Estado. De igual forma, se busca

tipificar varios delitos como graves (robo a casa habitación, abuso sexual infantil); asimismo, aumentó el número de cámaras y arcos de vigilancia, superando la cifra de mil ochocientos en toda la ciudad.

La noche es un espacio en el que, dicen, hay que andarse con cuidado —sobre todo por los policías que rondan las diferentes partes de Mérida—. Fue una de esas noches de la supuesta blanca y supuesta tranquila capital yucateca cuando detuvieron a Mateo Peraza, Carlos Chuc, J. T. y C. P. Estaban saliendo de una lectura de poesía en un bar cercano. Pidieron un Uber y se quedaron parados en la banqueta, esperando el vehículo. Alguno llevaba una botella de cerveza vacía en las manos. Una caguama, llena y cerrada, iba en la mochila de otro. Era un poco tarde. De pronto, una patrulla apareció y se orilló justo en donde estaban los cuatro.

A ver, a ver, chaos, ¿qué drogas traen? ¿Qué?, respondieron los cuatro, sorprendidos por la acusación. *Sí, sí, a ver, ¿qué se andan metiendo en la vía pública?, díganme de una vez porque si no los vamos a chingar.* Nada, dijeron ellos. *No, no, no estén con sus chingaderas, ¿qué se andan metiendo, chaos, perico, piedra, mariguana?, a ver.*

Le enseñaron la botella vacía de cerveza y dijeron que no llevaban nada. Sin tener por qué hacerlo, explicaron que estaban saliendo de la tertulia literaria en la que algunos de ellos habían participado.

Chaos, coño, díganme la neta, ¿qué pendejía se andan metiendo?

Los oficiales se bajaron, increpando nuevamente el consumo de drogas. Era el escenario perfecto: la madrugada yucateca, una zona comercial sin transeúntes



Doctor saliendo, collage digital, 2017

trasmochados que pudieran impedir el acto, poco tráfico en la zona. Los cuatro que esperaban el Uber estaban conscientes de esto, además de que traían el casco vacío en la mano, y decidieron cooperar con lo que los oficiales pedían —aun cuando no entendían por qué los estaban interrogando—. Comenzaron a dialogar, dice Carlos Chuc, con aquellos que los habían increpado por consumir drogas en la vía pública. Se *nosalió* de las manos, dice luego Chuc, y la neta a ellos también, se pasaron de verga. Cuando todo apuntaba a que la provocación había quedado atrás, que no pasaría nada más, otra patrulla llegó para *reforzar* a la primera. Carlos señala:

Se bajó un policía de la patrulla y se me acercó, *A ver, chao, ¡otra vez!, yo te conozco, una vez te paré por allá del Tec, ¡otra vez tú!, ¿ya no te acuerdas de mí?*

Carlos miró al policía. Claro que lo recordaba: era el mismo oficial que lo había seguido unas cuadras en su patrulla, lo detuvo, lo interrogó y lo retuvo por más de una hora por el simple hecho de que no llevaba identificación aquella noche. Le hizo las mismas preguntas una y otra vez, hasta que Carlos le dijo que lo dejara llamar a casa, que lo esperaban para llegar, a lo que el policía, claro está, se negó. Chuc se enojó cuando le hicieron las mismas preguntas por cuarta vez. *¿Estás enojao, chao?* Pues sí, no manches, qué quieres que te

diga, ya déjame ir, le dije, pero me retuvo más de una hora hasta que lo mandé a la verga, me puse mis audífonos y me fui. Carlos se quedó mirando al policía.

No, la neta no me acuerdo, mintió. Creo que me está confundiendo. *A ver, a ver, chao, ven acá*, y sin esperar respuesta, me jalaron aparte.

Carlos alcanzó a sacar su celular y le dijo a Mateo que si las cosas se ponían feas, llamara a Fito, el dueño del bar en donde había sido la tertulia unas horas antes.

No, ni madres, chao, no vasallar a nadie, dijo uno de los oficiales de la primera patrulla. Para este punto, se enfrentaban a dos antimotines, y, al poco rato, llegaron dos policías más en sus motocicletas. J. T. miraba a Mateo.

Llámale a Fito, decía el primero, llámale, llámale, llámale, ¡llámale!

Sin embargo, Mateo sabía que estaban rodeados de policías y miraba al comandante, que era el que los había increpado sobre el consumo de drogas. A lo lejos podían ver cómo el oficial que había llegado en la segunda patrulla hablaba con Carlos Chuc, pero no podía distinguir completamente lo que se decían. Carlos no lo recuerda muy bien, pero sí sabe que, en ese punto, fue el único al que catearon. A nadie más. Le encontraron un jéter, nuevo, sin usar.

¿Qué drogas traes?, me decían, yo les decía que nada, el jéter ni siquiera lo había usado, *Dale, chao, ¿qué otras drogas traes?*, porque si no nosotros ahorita nos los envergamos con lo que sea, les plantamos cualquier cosa y se los lleva la verga.

Los otros no la pasaban mejor:



Foco, collage digital, 2017

Yo estaba atento al policía que se había puesto más verraco al principio, dice Mateo. *Ni madres*, dijo el comandante, *no le vas a llamar a nadie*.

¡Llámalellámale!, decía J. T.



Por qué no le voy a llamar, preguntó Mateo. *Porque ni madres*. Mire, oficial, soy reportero del Palacio Municipal y sé cómo funcionan estas cosas, conozco la capacitación que se les dio con lo de Escudo Yucatán,

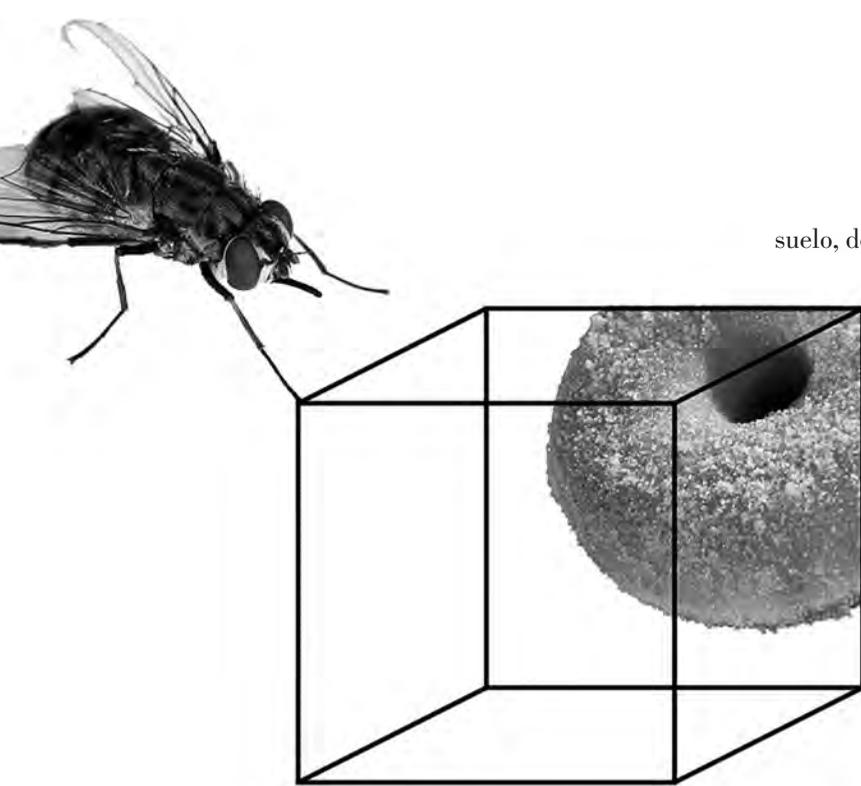
los seminarios sobre derechos humanos que recibieron y nosotros conocemos esos derechos. El comandante sólo se rió. *Ah, sí, ¿cuáles derechos?, ¿te crees muy verga, te sientes muy verga porque eres reportero, te sientes muy verga porque sabes de derechos humanos? A mí me vale verga.*

En ese momento, Mateo le quitó el seguro a la granada que tenía en la mano: levantó el teléfono para hacer la llamada, y el oficial que le dijo que no llamara se le colgó del cuello, intentando quitarle el celular. Mateo forcejeó con él, pero el factor sorpresa le reventó en la cara:

Había otro policía en una de las patrullas; estaba adentro, sin decir nada, y se bajó bien alterado, acelerado, gritando, como si se hubiera metido algo, o no sé, me tumbó al suelo, me jaló el cabello y me pisó el estómago, *Eres un maleante, un maldito drogadicto, te voy a romper la madre*, luego comenzó a golpearme en la cara, así, en seco, *Maldito drogadicto, maleante, te voy a partir toda tu madre.*

¡No se pasen de verga!, dijo Carlos Chuc, a la distancia, cuando uno de los oficiales llegó y le metió una bofetada. Carlos sólo lo miraba y se reía. *¿Qué, me estás reconociendo, o qué, qué me ves?* Ahí fue cuando me di cuenta de que esos putos también nos tenían miedo, dice Chuc, además, sólo estaban buscando provocarme, mientras se los estaban chingando, a mí igual me seguían diciendo pendejadas, ya hasta traía las esposas en la mano el hijo de puta.

Llegaron los demás oficiales a someter a J. T. y a C. P., quienes observaban la escena; los tomaron a ambos y les pusieron las manos en la espalda mientras seguían golpeando a Carlos y a Mateo, que ya se había



suelo, donde fue reducido. Los subieron a todos a una de las patrullas.

Ahorita se van a poner de acuerdo para chingarnos, dijo uno de ellos. Risas de los oficiales, *La neta, chao*.

Las palabras fueron casi proféticas: al poco rato, las patrullas se detuvieron dentro de las fauces de la madrugada yucateca: *¿Y qué vamos a decir, o qué?*

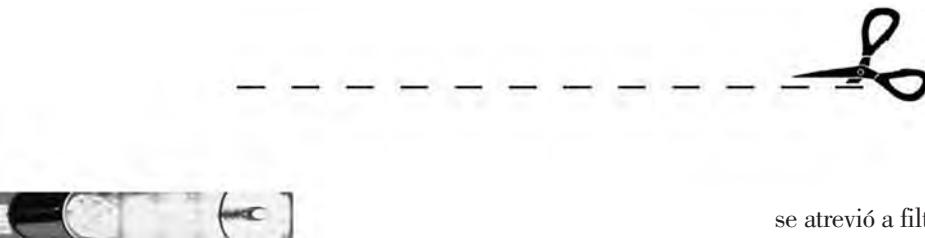
No traían suficiente alcohol, no podemos decir eso.

Y entonces.

¡A hueo! Disturbios en la vía pública, dijo uno, y luego comenzó a mirarlos a todos, uno por uno, señalándolos: *¿disturbios en la vía pública?, ¿disturbios en...?*

Todos estuvieron de acuerdo.

IV



Sismo (detalle), collage digital, 2017

levantado. Chuc estaba más allá, recibiendo golpes e insultos.

Yo sé, dijo J. T. entre jaloneos y gritos, que se están chingando aparte a Calín porque es el que parece más maya de todos nosotros. Sólo hubo risas de parte de los oficiales. No hubo necesidad de afirmar nada más. Mateo seguía peleando, después de sometidos los otros tres: un oficial intentaba apoyarlo contra la pared, pero el periodista lo impedía con uno de sus pies. Finalmente decidió patear la pared y los dos, él y el policía, se fueron al

En 2016, una persona murió en el municipio de Temax después de ser torturada por agentes municipales. En Mérida, ese mismo año, otra persona falleció en los separos de la Secretaría de Protección y Vialidad. En junio, un policía del municipio de Tekax se atrevió a filtrar parte de esta brutalidad por medio de un video en el que sus compañeros torturaban a un detenido acusado de robo de ganado. *Tenemos orden del supremo de hacerlo cantar*, decían. *Hacerlo cantar*, sin importar si quería o no. Ese hombre no imaginaba que, días después, sería torturado por sus compañeros —o antiguos compañeros—: un día fue a trabajar, como cualquier otro, y no lo dejaron salir: lo retuvieron y lo golpearon como en el video que había grabado y filtrado. Ese mismo año detuvieron a Felix Bigman, periodista del municipio de Kanasín, debido a las constantes críticas que hacía por medio de la palabra: lo torturaron psicológica y físicamente durante varias horas. En 2014, el periodista Edwin Canché, del municipio de Seyé, fue golpeado brutalmente por cinco policías municipales —en esa

ocasión, la violencia vino de más arriba: el ahora exalcalde de ese municipio, Emilio Dzul Huchím,³ participó en la golpiza, argumentando que el periodista *ya lo tenía hasta la madre*. Para completar el círculo, tanto en este caso como en el de Bigman, la golpiza fue realizada en el mismo Palacio Municipal.

A mí me amenazaron después, dice Mateo, *Mira, chao, si eres reportero, tienes que andarte con cuidado, si filtras información o dices algo, te va a cargar la verga, aquí nos jodemos a los reporteros, así se hacen las cosas*.

Adentro de los separos, a los cuatro los hicieron firmar un papel que no pudieron leer. Si te entretienes más de lo que la autoridad considera suficiente para firmar, te arrancan el documento de las manos, lo rompen en pedazos frente a ti y luego te echan doce horas más de detención: si caíste por veinticuatro horas, pero intentaste leer el papel antes de firmarlo, ahora te corresponden treinta y seis; si eran treinta y seis, serán cuarenta y ocho, dice Mateo. Si ese día no llega la persona de derechos humanos, te chingaste, continúa el periodista, no tienes derecho a la llamada, te la niegan los hijos de puta allá adentro, no te dejan hacer nada, sólo *tentamban* y ya. Nadie de los que estuvo en mi celda tuvo llamada, ¡nadie, carajo!

Dentro, lo mejor es no meterse con nadie: a los presos comunes los mezclan con los que llegan y dicen que han matado a tantas personas. Los oficiales ya conocen a aquellos que son recurrentes. Se saludan, platican una o dos palabras —ambos saben que, ahí adentro, sólo queda esperar.

En mi celda había un bato que detuvieron porque estaba sancochando pepino de mar, dice Mateo, estaba bien paniqueado porque decía que adelante estaban torturando a sus parientes, los golpeaban, les daban toques en los huevos, con tal de que cantaran. En una de esas, había un bato haciendo la limpieza, un poli venía por el pasillo con un borracho que acababan de detener, pasan junto al de limpieza y el borracho lo escupe, *¡No mames, poli!, ¡ese bato me escupió!, ¿Te escupió? Pues pártete la madre*, y el poli agarró al borracho, así, como

trapo, y le puso la cara a modo para que el de la limpieza le metiera un putazo, *¡Pártete la madre, sobres! El de limpieza le metió un madrazo y el poli se encabronó, Mta madre, ¿para eso te dejé que le metieras su putazo?, a la siguiente no te voy a dejar, era para que le partieras la madre*.

El Escudo Yucatán planteaba que los elementos de las policías municipales y estatales recibieran capacitación para poder acceder al siguiente nivel: es decir, los primeros podrían aspirar a ser estatales, y los segundos, a ser elementos de la Policía Federal. Sin embargo, parece que esta capacitación no llegó a buen puerto.

La brutalidad y tortura policiaca en el estado de Yucatán no tiene cabida en los grandes medios de comunicación: de alguna u otra forma, ya sea por medio de publicidad o de cualquier otra manera, la gran mayoría de estos medios informativos con presencia en todo el estado reciben dinero del erario público: como consecuencia, no se le da seguimiento a asuntos de primer orden: los feminicidios en el estado, así como tampoco al alto índice de suicidios en adultos y en jóvenes. Esto, quizá, debido al enfoque que el actual gobierno ha decidido darle a su administración: la de vender Yucatán como un destino turístico o uno en el que se puede vivir sin pasar ninguna preocupación: este 2017, Mérida fue nombrada Capital Americana de la Cultura; el año pasado la revista *Forbes* situó a la ciudad como una de las más seguras para vivir o para invertir. Sin embargo, las violaciones de las garantías individuales continúan a la orden del día: violaciones a la privacidad,⁴ detenciones arbitrarias, golpizas y tortura dentro de las mismas instalaciones oficiales son el elevado —quizá impagable— costo que trae la paz: la paz armada del Escudo Yucatán. ●

³ Para más: <http://www.animalpolitico.com/2015/01/el-alcalde-que-agredio-un-periodista-en-yucatan-protigido-por-su-fuero/>

⁴ Recientemente, Yucatán adquirió el sistema Galileo, capaz de infiltrarse en cualquier dispositivo móvil, aún estando apagado. Consultar: <http://mayaleaks.org.mx/victor-caballero-en-el-centro-del-escandalo-caso-de-espionaje/>.



Pueblos indígenas chiapanecos,
nueve imágenes que hablan de una
porción de un mundo tan complejo

Alberto Andrés

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS-UNAM





Asamblea

pp. 46-47: *Kerem*

Todas las imágenes de la serie: impresión digital, 14 × 21.5 cm, 2014-2016

Alberto Andrés (San Cristóbal de las Casas, Chiapas, 1995). Estudia la carrera de Estudios Latinoamericanos en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Además, cursó Fotografía en la Escuela Internacional de Cine y Televisión de San Antonio de los Baños, Cuba.



Huixteca engalanada



Infantes de Chik'ton



Panteón del Romerillo



Rezadora



Sujetos por la vida, por el tiempo



Altar en templo de Chalchihuitán



Curandero Domingo

El niño del costal (Cuento de un mundo imaginario que podría ser el nuestro), de Gilles Aufray

Nadxeli Yrizar Carrillo y Humberto Pérez Mortera

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA

Gilles Aufray, "L'enfant du sac", publicado en *Il était une deuxième fois*, Editions Espaces 34, Les Matelles, 2015

Tres viajeros salen de la noche...

El primer viajero dice:

Había una vez, en un país no muy lejano,
una costumbre extraña.

En aquel país,
cuando un niño está listo para hablar,
cuando está a punto de decir su primera palabra,
le dan un costal de palabras,
un gran costal repleto de todas las palabras que podrá decir
durante su vida.

El niño toma el costal.

El costal pesa.

El niño se encorva y titubea
bajo el peso de las palabras que debe cargar
para después decir,
y se aleja lentamente
diciendo sus primeras palabras.

Nadxeli Yrizar Carrillo (Ciudad de México, 1975). Estudió la licenciatura en Lengua y Literaturas Modernas (Letras Francesas) en la UNAM y la maestría en Traducción Literaria en El Colegio de México. Actualmente cursa el doctorado en Letras Modernas en la Universidad Iberoamericana. Es traductora independiente.

Humberto Pérez Mortera (Ciudad de México, 1976). Se graduó como Ingeniero en Sistemas Electrónicos en el Tec de Monterrey (CEM). Cursó el diplomado en Creación Literaria en la Escuela de Escritores de la Sogem. Actualmente estudia la maestría en Letras Modernas en la Universidad Iberoamericana. Ha traducido varias obras de teatro del inglés y del francés al español, y ha escrito dramaturgia, reseñas, cuentos, cómics, guiones de radio y de cortometraje.

El niño crece con cada palabra que dice
y el costal, el costal se vacía lentamente, palabra a palabra.

Cuando el costal se vacía,
cuando el niño envejecido no tiene más palabras
para decir de dónde viene, quién es, qué quiere,
para contar su historia, sus sueños,
para gritar su cólera o cantar su amor,
lo meten en el costal,
cierran el costal,
y se lo llevan.

El segundo viajero dice:

Había una segunda vez, en un país no muy lejano,
una costumbre extraña.

En aquel país,
cuando un niño está listo para hablar,
cuando está a punto de decir su primera palabra,
le dan un costal de palabras,
un gran costal repleto de todas las palabras que podrá decir
durante su vida.

El niño toma el costal.

El costal pesa.

El niño se encorva y titubea
bajo el peso de las palabras que deberá cargar
para después decir,
y se aleja lentamente
diciendo sus primeras palabras.

El niño crece con cada palabra que dice
y el costal, el costal se vacía lentamente, palabra a palabra.

Cuando el costal se vacía,
cuando el niño envejecido no tiene más palabras
para decir de dónde viene, quién es, qué quiere,
para contar su historia, sus sueños,
para gritar su cólera o cantar su amor,
entonces es libre
y se va volando sosteniendo el costal,
el costal vacío ahora de palabras y repleto de aire
que lo lleva

alto

muy alto

hacia otro país...

El tercer viajero dice:

Había alguna otra vez, en un país no muy lejano,
una costumbre extraña.

En aquel país,
cuando un niño está listo para hablar,
cuando está a punto de decir su primera palabra,
le dan un costal de palabras,
un gran costal repleto de todas las palabras que podrá decir
durante su vida.

El niño toma el costal.

El costal pesa.

El niño se encorva y titubea
bajo el peso de las palabras que debe cargar
para después decir,
y se aleja lentamente
diciendo sus primeras palabras.

Pero

un día, un niño no dice su primera palabra.

El niño que estaba listo para hablar,
a punto de decir su primera palabra,
no dice su primera palabra
y no la dirá nunca.

El niño no habla
y el costal, el costal no se vacía.
Y el niño continúa caminando,
camina sin cesar
con el paso de aquel que de tanto caminar ya no puede correr
pero que nada ni nadie puede detener.
Camina a través del mundo
cargando su gran costal repleto de todas las palabras.

¿Desde hace cuánto camina?

Hay quien dice un año,
otros dicen un siglo,
algunos más dicen que el niño siempre ha estado ahí
y que el costal de palabras que lleva consigo
es en realidad el mundo en que vivimos.
Esos llaman a ese niño que no dice nada: Atlas, pequeño Atlas.
¡Shhh!

Escúchenlo pasar
Escúchenlo respirar
Escúchenlo soñar
Escúchenlo sufrir
Escúchenlo llevarnos
Escúchenlo
Escúchenlo





7° Concurso de Crítica Cinematográfica Alfonso Reyes "Fósforo"

JURADO: Ludovic Bonleux
Ana Nahmad Rodríguez
Aurora Alejandra Lomelí Pérez
Isabel Lincoln-Strange

Festival Internacional de Cine UNAM 2017
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales
Dirección General de Actividades Cinematográficas, Filmoteca UNAM
Centro Universitario de Estudios Cinematográficos
Dirección de Literatura, UNAM



Kékszakkállú. Del dinamismo y el placer visual

Premio categoría Licenciatura

JOSÉ EDUARDO ZEPEDA VARGAS

Kékszakkállú

Dirección: Gastón Solnicki

Argentina, 2016

Cuando se llega a la sala de cine y se escoge una butaca para esperar que las luces de la sala se esfumen y dé comienzo la película, en la mayoría de los casos todo se convierte en una simple expectativa. A grandes rasgos, el aspecto formal, es decir, el modo de exposición o de presentación del film como obra culminada, en ocasiones no parece esconder dentro de sí algún criterio de fondo que exija algo más que una actividad pasiva del espectador. Éste no es el caso del trabajo más reciente del cineasta argentino Gastón Solnicki, una cinta que a través del montaje, la música, la fotografía y el misterio de los personajes rompe con toda linealidad narrativa.

En *Kékszakkállú* todo inicia con un plano general en el que la perfección geométrica del encuadre despierta de inmediato la curiosidad de la mirada. Un grupo de preadolescentes y niños sube las escaleras de la torre de una pequeña fosa de clavados con la finalidad de esperar su turno en el trampolín. Inmediatamente después, el cambio de imagen envuelve por completo las pupilas que ahora se nutren de un plano general sobre el mar. En ese momento es inevitable no sentirse absorbido por el registro del mar abierto con las olas relamiendo sutilmente las costas, dejando morir sobre la arena sus últimos y delicados suspiros de espuma. ¿Cómo comprender este cambio tan brusco en donde primero se nos muestra una estructura de acero con agua aprisionada en una piscina para posteriormente deleitarnos con la libertad del mar? Si bien en los primeros minutos es imposible hacer una exégesis de tal cambio de imágenes, a partir de ese contraste Solnicki hace patente el modo en el que nos hará saber la forma de exposición de los temas abordados en el film. En efecto, el cambio de plano a plano —del registro geométrico de un edificio al plano general de un paisaje lleno de vegetación o el mar— en su mayoría será sin relación alguna aparente; en éstos el único eje rector que hace lujo de presencia es el goce estético en las pupilas. Por si esto fuera poco, una vez que el juego con el montaje ya es manifiesto, la espontaneidad en la película comienza a desenvolverse sin nerviosismo alguno cuando en el discurrir fragmentario de la cinta comienzan a aparecer una gran cantidad de personajes, de los cuales nunca sabremos a cabalidad sus nombres ni



la relación concreta que los une como grupo, aspecto sutil que reitera el dinamismo con el cual el cineasta argentino intenta increpar al espectador.

Sin linealidad aparente y sin tiempo específico, entre el vaivén de caras y cuerpos sin nombre, entre planos fijos de edificios, de naturaleza y de casas llenas de opulencia construidas en lugares privilegiados, las relaciones entre los personajes jugarán un papel fundamental que permitirá divisar ciertos ejes problemáticos de interés para Solnicki. Quizá el principal de ellos es la incertidumbre que Laila, el personaje sobre el cual comenzará a recaer el peso narrativo, tiene ante su vida y su futuro. Otro eje problemático: niños y niñas nadando monótonamente, juventudes que comparten un espacio físico, un mismo sillón, un mismo cuarto, un mismo comedor, pero cuya atención está aprisionada en la pantalla de un celular o en una actitud ensimismada e indiferente. Cabe recalcar que más allá de ofrecer un juicio moral explícito, lo que el cineasta parece intentar exponer es el mayor proceso de individuación que padecen sociedades como la nuestra. En el caso de los personajes, y sobre todo de Laila, la monotonía y el vacío que expone el realizador están lejos de parecerse a la idealización con la que es concebido el dinero y los lujos que éste provee. Un momento cumbre de este tipo de situaciones es registrado cuando la hermana de Laila le restriega en la cara con soberbia que ella no forma parte de la familia (con su pareja y su hijo Lucas), discusión detonada por el intento de saber cuál es la equivalencia de la moneda nacional con relación al dólar ese día y de demostrar con pedantería quiénes son los que pagan la comida. En su afán de independencia económica, una fábrica de vasos térmicos y otra de embutidos ofrecerán a Laila una dimensión a la que



tendrá que enfrentarse para descubrir el origen más oscuro de la opulencia, a saber, el trabajo fabril.

En *Kékszakállú* los planos generales fijos duran lo suficiente para que ningún detalle escape a la vista y, de algún modo, el espectador tenga el tiempo necesario para conectar los distintos registros y percibir su relación con el embelesamiento producido por ellos gracias al trabajo en el encuadre y los planos fijos. Por momentos, en la fábrica, los vasos térmicos viajando por largas tuberías, dando vueltas en grandes círculos en donde descansan para ser embolsados por el trabajador, recuerdan los postulados teóricos que Dziga Vertov plasmó en algunos escritos de juventud. En dichos textos, el cineasta ruso define que el trabajo que el hombre no puede concluir: por ser un animal errante, será concluido por la máquina, dando como resultado una máquina creadora. De este modo, para Vertov el complemento hombre-máquina es imprescindible en tanto susceptible de perfeccionar toda creación. Asimismo, al concebir Vertov a la máquina como un ente creador, para el cineasta soviético la cámara ayuda a que percibamos dicho proceso como dueño de una belleza formidable.¹ En los planos fabriles que nos ofrece Solnicki, la belleza del proceso llevado a cabo por las maquinas es inmanente y portentoso. Sin embargo, esos mismos planos también nos permiten observar el aspecto más oscuro de la relación hombre-máquina, uno que a Laila

¹ “Nosotros no queremos, por el momento, filmar más al hombre, porque no sabe dirigir sus movimientos. Nos dirigimos a través de la poesía de la máquina, desde el hombre rezagado hacia el hombre eléctrico perfecto”. Cfr. Dziga Vertov, *El cine-ojo*, trad. Francisco Llinés, Fundamentos, Madrid, 1973, p. 17.

la aterroriza, que rechaza y al que *El castillo de Barba Azul* de Bartók (única pieza musical manifiesta en la película) imprime un sesgo existencial impresionante. En efecto, en la fábrica las mujeres y los hombres que aparecen en escena reducen su actividad a acomodar grandes bloques de aislantes térmicos, empaquetar vasos para su venta, revisar que la mercancía no esté rota, etcétera. Es decir, la actividad del ser humano se limita a un ámbito específico y especializado que no necesita un conocimiento extra, limitándose a un saber cómo sin introducir en el proceso un *saber por qué* o *para qué*, juego de preguntas que autores críticos del capitalismo como Karl Marx ya habían anunciado en varias de sus obras centradas en analizar el naciente sistema económico de la modernidad.²

Una mirada somera daría la impresión de que Solnicki únicamente hace apología de nuestra protagonista en tanto que ella muestra una actitud rebelde, pero lo que en realidad intenta exponer es un caso específico de una generación, en el sentido de la teoría de las generaciones de Ortega y Gasset,³ un individuo que rehusa su inserción en el entramado ya tejido por la sociedad, mediante el trabajo o el estudio, y se niega a sujetarse a actividades que lo reducen a un simple ente productor y vendedor de una fuerza de trabajo.

En conclusión, *Kékszakállú* de Gastón Solnicki es un film dinámico en el que el regocijo óptico es formidable. La naturaleza habla, el bullicio de la piscina se desplaza libremente; el silencio, como paradoja, se vuelve audible y la ópera de Bartók entra magistralmente a escena para reiterar el vacío que los jóvenes, en este caso Laila, perciben de un mundo que parece deshumanizarse a través de ciertos aspectos que lo conforman, tales como la cotidianidad y el trabajo fabril, así como para reiterar el dinamismo que la carcome por dentro en un mundo que se le manifiesta y pretende estar estructurado y definido. En la cinta, la personalidad juega con la impersonalidad al estar presentes gran cantidad de rostros y miradas sin nombre, y los planos juegan con el espectador a tal grado que, si bien es posible sacar a la luz una narrativa que cae sobre todo en los hombros de Laila, el papel del espectador es fundamental en la narrativa fragmentaria y dinámica propuesta por Solnicki. ●

² Cfr. Karl Marx, *Manuscritos sobre economía y filosofía*, trad. Franciso Rubio Llorente, Alianza, Madrid, 2003, pp. 51-120. En este manuscrito, Marx hace referencia al salario, los beneficios del capital y los diferentes tipos de enajenación que el capitalismo produce en el ser humano mediante el trabajo.

³ “Y, en efecto, cada generación representa una cierta altitud vital, desde la cual se siente la existencia de una manera determinada.” “Para cada generación es, pues, una faena de dos dimensiones [...], una de las cuales consiste en recibir lo vivido por la antecedente; la otra en dejar fluir su propia espontaneidad.” Cfr. José Ortega y Gasset, “El tema de nuestro tiempo”, en *Obras completas*, t. III, *Revista de Occidente*, Madrid, 1996, pp. 145-150.

Eduardo Zepeda (Ciudad de México, 1991). Estudia Filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Con el presente texto mereció el premio en la categoría Licenciatura del 7° Concurso de Crítica Cinematográfica Alfonso Reyes “Fósforo”.

Todas las vigiliass del mundo

Premio categoría Exalumnos y Público en General

RAFAEL GUILHEM

Kékszakkállú

Dirección: Gastón Solnicki

Argentina, 2016

Las miradas deben sostenerse, no intercambiarse.

Georges Didi-Huberman

I

El cine se ha forjado por la voluntad de mirar aquello que permanece encerrado en su apariencia. Ocasionalmente, esa mirada ha inventado lo que ve, en otras, la retina ha invertido su direccionalidad para mirarse a sí misma. Observar, mediante el cine, es asumir la visión en su gestualidad, trazar el espacio con el pensamiento. En *Kékszakkállú*, Gastón Solnicki habita con la cámara el mundo de la clase acomodada. La figura que cobran las imágenes mantiene una tensión entre la revelación y el misterio, una inocencia que no responde a la pasividad, sino al hecho de entrever lo que de otro modo no se vería. Los planos frontales, amplios e inmóviles, esperan en soledad a que las formas se acomoden delante, invocando tránsitos y desorientaciones. En esta película, nadie pertenece orgánicamente al mundo retratado; las personas y los objetos son extraños ante la idea de tener una mirada que los acecha como un tigre antes de iluminar la noche con un zarpazo. Esta vista sigilosa es la fatiga de la luz ante los desconocidos. Desconocidos para sí mismos, desacostumbrados a las imágenes que los exponen y descomponen, que los oculta del espectáculo y de la sombra misma. ¿Qué tan violenta puede ser una mirada?

El ojo que ves no es ojo porque tú lo veas; es ojo porque te ve.

Antonio Machado

II

Solnicki narra formas y ruidos, no vidas. Deja que las cosas se describan a sí mismas, que lo *otro* se haga familiar y lo conocido, sospechoso. ¿A qué distancia se debe filmar

el cine? En *Kékszakállú* se imprime la riqueza mediante imágenes austeras, como si hubiera un cruce insospechado de miradas. No se busca decir mucho, se busca banalizar lo que emerge frente a la cámara, como si estuviéramos ante cuerpos desprovistos de cualquier movimiento reconocido, rostros desvanecidos frente a los rasgos tantas veces repetidos, y que en este caso se reducen al olvido. Estas primeras imágenes de un estrato sin representaciones son lo más cercano a naturalezas muertas. Las personas duermen, nadan, se recuestan, juegan y comen. Su única preocupación es frente al tiempo, cuyo volumen parece no tocar la película. Las imágenes aquí son tumbas, rastros de instantes fractales que, en su aislamiento, se someten a la más impalpable presencia. Inevitablemente, un intento por mostrar vidas siempre corre el riesgo de acercarnos a la muerte.

Nunca se sabe de dónde vienen los ruidos.

Marcel Proust

III

La principal inspiración de *Kékszakállú* es la ópera de Béla Bartók, *El castillo de Barba Azul* (1911). No en su literalidad, sino a partir de su nocturna sonoridad. El silencio, lejano a las orquestas fabriles de los cimientos capitalistas, es el poder de la actualidad. Engañosas insonoridades de calma, que dejan confrontados a los privilegiados



consigo mismos, confundiendo su temporalidad con la incertidumbre de no tener responsabilidad alguna. En la secuencia de apertura, los niños juegan en un balneario, y en su último plano, una niña aparece dubitativa antes de arrojar al agua de la alberca. En el centro del filme, otra escena: una joven atrapada en la estilizada arquitectura de una ostentosa casa. Permanece dando vueltas en la azotea, sin encontrar una función de escape. Son momentos elegiacos, como la niña que contempla los escarabajos embalsamados como si observara un reflejo. Nadie intenta escapar, intentan permanecer sin importar el costo. De pronto, Laila, un sutil indicio de personaje, se confronta al umbral de la juventud. No sabe cómo atravesar los órdenes temporales y espaciales que la gobiernan. Desorientada, intenta aferrarse a un mundo cerrado al resto; exclusividad que abisma el espacio entre presencias, que distancia las fronteras de sentidos de lo común. En ese confinamiento las cosas tienen su principio y fin, son lo que son, una materialidad reducida y atada a la realidad, como bloques imposibles de destruir. El silencio, el ruido, y la superposición de delirantes cascajos de ópera, regulan lo que transcurre, deteniendo relaciones basadas en la historia e instaurando regímenes de sensibilidades que se corresponden, solitariamente, esperando formular nuevas elocuciones. Todo aquí, que va amaneciendo hasta conformar una pintura medianamente esbozada, está encadenado a los sonidos. Las imágenes, en su profundidad, son ruidosas antes que visuales. Este rumor da un giro a la mirada, busca desaparecer los estereotipos antes que desaparecer la verdad misma. Como si al momento de desviarnos de la realidad llegáramos más aprisa a ella. Mostrarlo todo y no mostrar nada es lo mismo, deja imágenes desgarradas y mudas. En cambio, los retumbos de la ópera arden para provocar un incendio que remueva lo que está contenido, lo que aguarda para comenzar a moverse. ¿No es el sonido una forma de viaje sin desplazamiento? ¿No es el silencio el desvelo de la permanencia? Los personajes antes que sonámbulos son durmientes inmersos en una pesadilla, detenidos entre un principio y un final, sin definirse, sin despertar. “Víctimas de la espera”, como el *Zama* de Antonio Di Benedetto. ¿De qué sirve tener tiempo para pensar si pensar se transforma en un acto de destrucción y crueldad? Para los personajes de *Kékszakállú*, el tiempo no tiene futuro ni pasado, tan sólo un inhabitable presente.

*Y Dios lo hizo morir durante cien años
y luego lo animó y le dijo:
—¿Cuánto tiempo has estado aquí?
—Un día o parte de un día, respondió.
Alcorán, II, 261*

IV

Los personajes nunca mueren, permanecen en ruinas. Mientras el mundo físico está detenido, el cine avanza y circula por su espesor; por los sonidos, los cuerpos, el espacio y la duración. El cine está entre-los-tiempos, siendo una vía doble que desenvuelve



las capas de lo que parecía reducido a la unidad, en un intento desesperado por buscar lo que otorga algo más que la gravedad tirando un cuerpo sobre la tierra. Los niños encuentran en el juego su pasatiempo, los jóvenes, insatisfechos, se esconden tras la longitud de las vacaciones. El mar ahora es alberca, una fortaleza donde en un intento por impedir la entrada a los demás, montan un confinamiento que desata los miedos e inseguridades doblegados al aislamiento. El verano termina. Laila no sabe cómo es ganar su propio dinero, encender una máquina o apasionarse por los estudios. En un momento, sus amigas le enseñan una foto de sí misma. Mira su larga sonrisa, sus ojos en órbita, se encuentra con una extraña. Parece que una fuerza secreta de deseo le invita a intercambiarse con su versión fotográfica, como si en ese instante preservado hubiera más vida que los senderos por los que transcurre el tiempo. ●

Rafael Guilhem (Montpellier, Francia, 1992). Es editor de la revista digital *Correspondencias. Cine y pensamiento* y colaborador en la revista *Icónica*. Obtuvo el premio en la categoría Exalumnos y Público en General en el 7° Concurso de Crítica Cinematográfica Alfonso Reyes “Fósforo” 2017. Formó parte del Jurado Joven en la XI edición del Festival DocsMX y, recientemente, fue seleccionado al programa Talent Press en el Festival Internacional de Cine en Guadalajara 2017.



Sobre *La supremacía Tolstoi y otros ensayos al tuntún*

Luis Paniagua

La supremacía Tolstoi y otros ensayos al tuntún

Fabián Casas

Seix Barral, México, 2016

Con un título como *La supremacía Tolstoi y otros ensayos al tuntún*, Fabián Casas pareciera colocarnos frente a una contradicción. Por una parte, el primer componente del título, “La supremacía Tolstoi”, nos da la idea de grandiosidad, casi de —diríamos— inabarcabilidad; por la otra, la segunda sección nos habla de “otros ensayos al tuntún”, esto es, de otros textos “generalmente breves” y “sin cálculo ni reflexión”. Entonces, ¿puede un “grado supremo de existencia” de un clásico de la literatura (en este caso Tolstoi) permitir una mirada al sesgo, sin la ardua penetración de lo sistemático? ¿Cabe la posibilidad de intentar abarcar una obra colosal (casi omnipresente, no sólo en las letras rusas), de engullir —aunque sea— un leve pedazo de su carne, renovada y renovadora, a través de ensayos al desgaire, sin un aparente aparato ortopédico que ofrezca la rigidez de la dentadura académica para masticarlo? Y llevando esta analogía con la manducación un poco más allá, ¿puede atacarse un corte finísimo con cubiertos de plástico?

“Tomé un curso de lectura rápida y fui capaz de leerme *La guerra y la paz* en veinte minutos. Creo que decía algo de Rusia”, bromea Woody Allen. Posiblemente, ésa sería la imagen mental que podría arrojarnos esta aparente disparidad de orbes que propone *La supremacía*... puesto que, alejados de un acercamiento sistemático (oxímoron incluido), podríamos alcanzar sólo vagas imágenes del mastodonte que tenemos enfrente; aunque luego afirma el propio Casas que “las grandes novelas de Tolstoi [...] no terminan, se detienen. Y no se puede hacer con ellas una lectura de superficie, hay que ponerse el traje de buzo y bajar a las profundidades. Es una experiencia riesgosa y contundente, de la cual emergemos a la superficie con algo ya casi en extinción como la experiencia”. Con una especie de tanque de oxígeno retórico entonces respiramos: “acá se trata de dar cuenta de mis investigaciones sobre Tolstoi y recomendar enfáticamente su lectura. Nada más”.

p. 72: *Aroma canguro*, collage digital, 2017



Superada, pues, esa aparente contradicción que propone el título *La supremacía Tolstoi y otros ensayos al tuntún*, podemos avanzar hacia sus páginas. Si bien el ensayo más extenso de todo el volumen es el homónimo del libro (ya dijimos, con Casas, que no se pueden leer las grandes obras de modo superficial), el acercamiento a este hito literario se lleva a cabo a través de una prosa libre de academicismo y sopor: es una excursión más que por parajes tolstoianos, por los paisajes mentales, vitales, morales, existenciales, etcétera, que el autor erige en cada uno de los lectores; es un acercamiento a la vida y la obra de Tolstoi con el único fin de compartir el goce de su lectura. Ya en páginas anteriores, el bonaerense intentaba decirnos eso mismo: “una buena biografía debería dejar en el lector una duda incrustada en su ser. Una duda que sólo se salda yendo a los libros del biografiado”.

Hay en *La supremacía Tolstoi y otros ensayos al tuntún* un ánimo misceláneo y despreocupado, como lo indica en la segunda cláusula de su título. En este sentido, me parece que, idealmente, Fabián Casas se encuentra muy cerca de los ensayistas paseantes de la lengua inglesa, y, en concreto, del “salto en la oscuridad” de Chesterton; no sólo por el desenfado —y familiaridad— con el que se conduce a través de la página hablándole a un lector de a pie, que uno imagina acompañándolo en su recorrido por variopintos paisajes, superficies, espacios; sino también por la disparidad de los temas abordados y la disposición que de ellos hace en el volumen: la crónica de un partido de fútbol y la belleza en que se resuelve; la reflexión sobre el género biográfico y el individuo que se transforma en un alegato sobre la vida y la memoria; inquisiciones sobre la desaparición de la vida de los terrenos del arte moderno; la amistad; las relaciones familiares; la literatura en general.

Hay una canción popular a la que siempre me remite el título de este libro. Habla de un paso de baile nuevo y desconocido, original. Un sello distintivo. También vienen a mi memoria los años en que fui estudiante universitario. Había un compañero que tenía una manera peculiar de caminar y por ello era conocido con el nombre de la canción a la que nos referimos: “Pasito tuntún”.

Muchos años antes de eso, mis padres nos contaban, a mis hermanos y a mí, cómo se reconocían las personas que habitaban el pueblo de Guanajuato del que somos originarios, en los tiempos en que aún no había llegado la luz eléctrica y no había luna: por la manera de caminar, por la cadencia o contundencia de los pasos, por el ritmo particular del caminante sobre el suelo empedrado.

Aunque sé que el “tuntún” en los ensayos de Casas hace referencia al desgaire y desenfado con el que se facturaron, me gusta pensar que también, volviendo a la tipología ensayística, el tuntún del argentino tiene que ver con su paso a través del discurso: su marca de originalidad, su peculiaridad bipedística: sabemos que es Casas el que recorre, y nos invita a recorrer, la pampa de la página.

He dicho más de una vez que, como afirma el propio autor de estos ensayos, a las cumbres literarias no se las puede escalar equipado para un picnic. Pero también es

cierto que *La supremacía...* no se interesa en descifrar y agotar la obra del ruso. Es ahí donde se siente mejor la presencia del argentino, y sus motivaciones son claras: no es propiamente el análisis escrupuloso de la obra de Tolstoi lo que le interesa, sino lo que todo gran autor abre en su lector: la revelación de lo otro. He ahí, pues, el tuntún de Casas, su paseo original: en las letras del conde de Yasnaya Poliana se cifran todas las posibilidades de la literatura, todo lo que ésta puede causar en el lector ya está prefigurado en su escritura. Por tal motivo, la aparente contradicción de términos que se esconde en *La supremacía...* se disipa. El ensayo que da título al volumen habla de la eficacia de la gran literatura para despertar en el receptor la conciencia de la otredad y su inherente sentido del exterior. “La verdadera literatura es para aprender a estar con la gente, para mezclarse con todos” nos dice Fabián Casas.

Considero que el autor de *La supremacía...* elige el título del ensayo sobre Tolstoi para que encabece el volumen por una razón sencilla: es el texto más literario —podría decirse—, pero para el autor la literatura —como el arte— “trata sobre la vida”; es a través de la literatura que Casas decide hablar de la vida, de su vida, y así podemos tener acceso, nosotros lectores, a episodios de su existencia en el mundo tamizados por la finísima trama de las letras: la belleza que puede ofrecer la concurrencia a un partido de fútbol acompañado del padre; la recurrencia de la figura materna (que tiene un gran peso en la obra del autor); la figura tutelar —casi totémica— de su padrino Bruno, existente desde siempre en su vida y en su casa; estampas de astros de la música o figuras del deporte; y la amistad (otro de los temas más abordados y caros al autor). “La solarística”, por ejemplo, es una apología a esta relación de nobleza que se da en los seres humanos: “la amistad es una defensa contra la hostilidad del mundo”.

A mi modo de ver, todo buen libro de ensayos debe cumplir un precepto que nació con el género: el autor debe ser él mismo “la materia” de su libro. Sin duda lo anterior se cumple en *La supremacía Tolstoi y otros ensayos al tuntún*. 

Luis Paniagua (San Pablo Pejo, Guanajuato, 1979) se crió y formó en el Estado de México. Su trabajo literario ha sido incluido en algunas publicaciones nacionales y extranjeras. Es autor de los libros *Los pasos del visitante* (Ediciones de Punto de Partida-UNAM, 2006) y *Maverick 71* (Literal Publishing, 2013). Fue becario del Fonca y actualmente lo es, por tercera ocasión, del Focaem. Poemas suyos han sido traducidos al inglés y al portugués.



Montaña abajo: la conciencia del interminable andar

Sara Regalado

In via, in patria

Mabel Cuesta

Literal Publishing, México, 2016

La dicha que encuentra Camus en el rostro de Sísifo al hacerse consciente de su castigo, al dar la vuelta y caminar montaña abajo hacia su roca, es la misma con la que se puede imaginar a Mabel Cuesta (Matanzas, 1976) en su poemario *In via, in patria*. Reflexionar en torno a esos tránsitos obligados con despedidas necesarias, en torno a los pasos dados sobre senderos aún no trazados, el entregarse a las idas y regresos, ha sido también la manera de ir dando sentido a ese mismo andar inacabable, inevitable e incuestionable, como venido de un oráculo: “no nos fue dada una gracia / ni una razón exacta / para este dolor impenitente / que es risa también / si lo piensas con descanso”. Mabel da voz a esas pérdidas que sumaron, a aquellos lugares recorridos por convicción y a los que el azar eligió, a los sitios de los que se huye, esos a los que siempre regresa la memoria.

Propone que la patria es la vía, que nunca se llega, o que la patria, como uno mismo, como la vida, es necesariamente mutable e incierta: “quién sabe cuál / de todas / sería la respuesta / volver / quedarse / nunca haberse ido...”. ¿Qué patria le queda al que se va, más que su propio espacio vital y aquello con lo que se va llenando? Dejar la patria, que es madre y padre a la vez, es encontrar en la orfandad una manera de hallarse con el pasado, de aferrarse al origen. Así, cada viaje, el ansiado, el obligado, el postergado, es un ascenso a una misma montaña, pero se anda con un paso —y un peso— diferente: “Siempre al sur / soñamos pasajeras / un tiempo mejor / dispuestas al misterio”; “y bajo otra vez / por la infinita calle del manzano.” Y entonces, al entender que el movimiento es lo único eterno, ¿no se vuelve también éste un camino absurdo al que, sin embargo, se confronta con la expectativa de que todo estará bien?

La escritora cubana, que partió en 2006 de ese pedazo de tierra atrincherado por aguas atlánticas y un régimen infranqueable, pone en estas memorias personales e



p. 76: *En la penca de un maguey*, collage digital, 2017

íntimas un dedo que señala no hacia sí, sino hacia el dolor del exilio de tantos, a lo amargo que sabe una huida cuando sólo unos cuantos logran ponerse a salvo. “Qué me queda, Nivaria, / sino esta sed de regresar / y llevarlas / a ellas / Maya, / Odette, / Elena, / Madeline, / Lourdes... // presas de un misterio diferente / islas como tú y como yo / huyendo de un agua / que nos hunde.” La poesía también crea testigos y, más que eso, materializa y pone muy cerca fenómenos que creemos ajenos o lejanos, como la migración. La poesía nos hace vulnerables.

In via, in patria es, en suma, una diégesis guiada por una voz intensa, nostálgica, honesta y llena de claridad. Cada poema es una estampa y cada estampa va llenando los cuatro puntos cardinales con personajes, amores, dolor, y el recurrente sentimiento de saberse ajeno ante lengua, paisajes y costumbres diferentes: “Yo era un ser inmóvil / sin palabra, / ni papel / ni ojo que / mirase / y viera qué miraba”. Las ciento dos páginas son un cúmulo de experiencias recogidas, de inviernos y canículas, olores, esperanzas. Se siente la voz de Mabel como un alto necesario, un balance en verso libre que asimila lo constante del cambio, que da descanso para volver a pisar firme la patria que aún se desconoce. ❷

Sara Regalado (Ciudad de México, 1985). Periodista y fotógrafa. Se desempeñó como reportera, editora y articulista en el ámbito cultural y educativo en el estado de Chiapas, donde publicó reportajes, entrevistas, crónicas, notas y artículos de opinión en el periódico *Cuarto Poder* y la revista *Universa*. En esa misma entidad estudió la especialidad en Apreciación Artística, impartida por la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas. Se desempeñó como coordinadora de Difusión Cultural en la Facultad de Estudios Superiores (FES) Cuautitlán y publicó diversos textos en la gaceta de esa facultad. En 2015 concluyó el diplomado Comunicación y Filosofía: Multiculturalismo, Conocimiento, Ética y Estética, en la FES Acatlán.



